

SECH

AÑO I OCTUBRE DE 1937 N.º 6

Edición de la Universidad de Chile

Sech.

Mariano Picón Salas, *España desde lejos.*

Sady Zañartu, *Las primeras rebeliones.*

Luis Franco, *El escritor y el cuadrante.*

Enrique Espinoza, *Actitud ejemplar de
Waldo Frank.*

Jean Guehenno, *La muerte inútil.*

B. Sanín Cano, *Las razones del fascismo.*

HOMENAJE A GUILLERMO ENRIQUE HUDSON.

E. E., *Intención de este homenaje.*

Edward Garnett, *Una nota sobre el genio
de Hudson.*

Tres páginas de Guillermo Enrique Hudson: *La caja de lata.—La invasión inglesa y el juego del pato.—Un viejo recuerdo.*

Luis Franco, *Presencia de Hudson.*

Januario Espinosa, *Portales a los cien años de su muerte.*

Norberto Pinilla, *Iconografía literaria chilena.*

Benjamín Subercaseaux, *El escritor como profeta.*

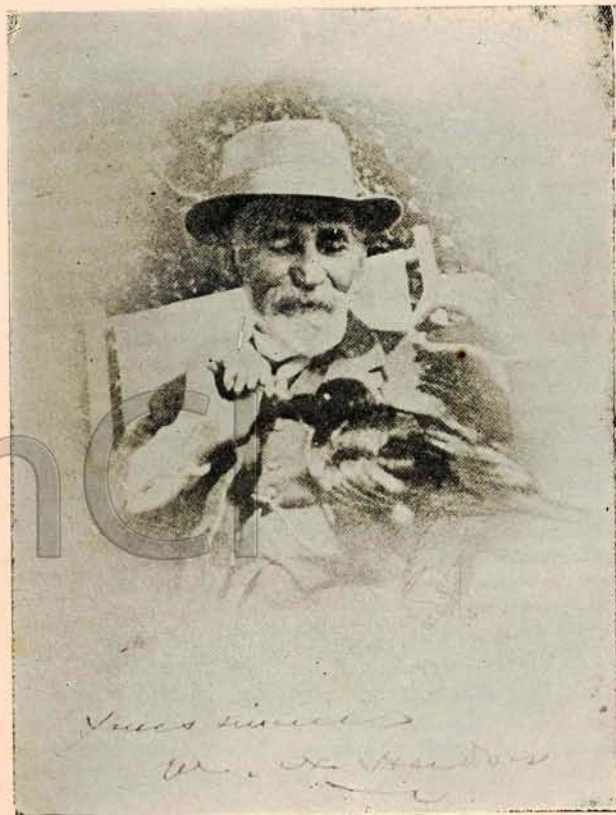
Hora de España.

Sesión del Directorio de la Sech.

Concursos.

Índice General.

REVISTA DE LA
SOCIEDAD DE ES-
CRITORES DE CHILE



GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

Sech

Con este número, Sech cumple su primer año de existencia. Llegar hasta aquí ha sido difícil tarea, no por falta de medios materiales, sino por la escasez de colaboración. El hecho de no publicar aquí, en lo posible, sino trabajos de especialización literaria, ha restado a Sech muchos entusiastas colaboradores.

Poca cooperación hemos encontrado. La prensa, que está siempre dispuesta a ocuparse de toda clase de tonterías, rara vez o nunca se ha dignado conceder su atención a Sech. Por su parte, muchos escritores que en esa prensa escriben, han hecho lo mismo.

A pesar de esto, SECH cumple su primer año de vida. Al cumplirlo, vuelve a solicitar, de los escritores de Chile y del extranjero, cooperación y colaboración. Al mismo tiempo, agradece la buena voluntad de aquellos amigos y colegas que la han ayudado a llegar hasta aquí.

SECH

Año 1

Octubre de 1937

N.º 6

España desde lejos

POR

Mariano Picón Salas

No pude visitar España que en el tiempo de mi itinerario europeo estaba sangrando por todos los odios, los credos y las injusticias acumuladas en la viejísima Europa. Había dado España en aquellos días lo mejor que posee: su pueblo que habla en proverbios, que come con resignación y alegría su duro pan humedecido en aceite y que cada tanto tiempo abandona los terrales donde trabaja para acompañar al Cid, para defender sus libertades municipales, para oponerse a Napoleón, para luchar contra los mercenarios marroquíes, italianos y alemanes de Franco. ¡Qué mayor dignidad y apostura tiene este pueblo!, me decía un escritor alemán que no era naturalmente hitlerista. Cuando yo viajaba por España, los mendigos que a la puerta de las Catedrales me pedían limosna, me daban la impresión de perdonarme la vida. Eran los caballeros del drama español que por habérseles cerrado el espacio para expandir sus almas, habíanse quedado allí como avizorando las próximas empresas. Al sol de España los andrajos llevados con altivez semejaban de púrpura.

—¡Qué te crees, tú, intruso extranjero—parecían decirme—que debemos agradecerte lo que nos das! A la inversa, debes sentirte contento porque se te deparó esta ocasión de servirnos. El honrado fuiste tú porque pudiste dar.

En torno de España hemos solido levantar la más hinchada retórica. Los versos del drama y del romance nos dieron con más abundancia lo externo y adornado, y pocas veces la sencilla y profunda intimidad del alma española. Una nueva cultura surgirá acaso después de esta horrible guerra para destacar lo intrínseco, estoico y viril del espíritu hispánico y conciliar lo más viejo y lo más

nuevo de la Historia de Europa; la más sombría prehistoria y la más gallarda juventud. No es una cultura de las formas como la que nos presentan los cuadros y los paisajes de Italia, ni una cultura del intelecto como la de los libros franceses. El centro vital del español radica en la conducta. Conducirse, comportarse, son verbos cargados de la esencia de España. Y la profesión de hombre era por esto la primera entre las profesiones españolas.

Ello no tenía nada que ver con los mitos económicos y utilitarios erigidos por la moderna civilización. Durante mucho tiempo «la pereza española y el atraso de España» fueron temas predilectos de malos libros anglo-sajones que no comprendían que en una época de individualismo económico, España mantuviese sus viejos valores caballerescos. En España se podía tomar el sol como los mendigos en el atrio de las catedrales; se podía perder el tiempo y estar contento con el sol, la arrogancia y dos pesetas, pero en el momento de la acción, cuando era preciso comportarse, aparecía el hombre. El mendigo español era como un caballero cesante; el mendigo de Londres entre la bruma sombría y el olor a gin y humedad de las viejas tabernas, era como un espectro, un ser que retrocede.

El escritor alemán encomiaba, asimismo, la singular nobleza del obrero español. En una época tan angustiada como la de la gran crisis del Capitalismo que hemos vivido en el último decenio, España no conoció—a pesar de la injusticia social—ese proletariado-rata («lumpen proletariart»), casi irredimible, de las grandes ciudades industriales del continente europeo. Ese pobre hombre que totalmente desnutrido y derrotado por la vida ya no guarda energía para pensar siquiera en su reivindicación de clase. Súcubo o sub-hombre, víctima de las necesidades elementales, fantasma del frío o del hambre, se puede convertir en cualquier cosa; es ratero, espía, homosexual. Tampoco, orgulloso de ser pueblo, actúa en el obrero español ese ideal de pequeña burguesía que explica en parte algunas modalidades del movimiento proletario alemán. El sector más enfermo del «lumpen-proletariart» alemán encontró en Hitler uno como símbolo y arquetipo deseable de la plebeyez endomingada. La rígida figura que se parece a los maniqués de las tiendas de ropa hecha; el vulgar peinado con

raya a la izquierda, el bigote que de puro recortado resulta postizo, el característico traje azul que le sirve de uniforme civil, serían los elementos de un psico-análisis colectivo. Opóngale Ud. en cambio la gorra orgullosa del obrero catalán. O aquellas lindas obreras textiles de Barcelona que se peinan muy bien, pero que no quieren llevar sombrero para no confundirse con las señoritas que no trabajan. Cada hombre en su sitio, y ninguno es humillante porque todos los hombres son iguales ante Dios, parece así la clave ética de la personalidad española.

Y por ello no se tolera al traidor. Católicamente Franco ha sido eso: un traidor. Su drama—como los mejores dramas morales del viejo teatro hispánico—se haría en torno de dos ideas: la Traición y la necesaria venganza del pueblo español. La traición—como en los terribles dibujos que hizo Picasso, *Sueño y mentira de Franco*—se le ha de aparecer mientras duerme originando figuras y monstruos de muchas cabezas: danzan en el sueño el rostro de un marroquí, la mitra de un Obispo, la espada ensangrentada, la cruz suástica, las llamas del Alcázar, la cena interrumpida de un labriego a quien los aviones alemanes destruyeron la casa, los aterrados ojos de un niño. Cabalgan en la sombra todos los fantasmas de la España negra. Hay algo de los sueños de Quevedo y de los «caprichos» de Goya. ¿Y qué pasará en su alma—si acaso tiene alma—, cuando se va a dormir? El entregó España a los extranjeros. Era un pelele trágico que se jugaban, bebiendo whisky, los únicos hombres rozagantes y satisfechos que había en la Europa de 1937: los vendedores de armamentos. En España se ensayaban las ametralladoras y los aviones de bombardeo de la próxima guerra. Con la destrucción de España subían los dividendos de los negociantes de la muerte. Los estadistas y economistas del «Führer» inventariaban el hierro, el cobre, el mercurio de que Alemania podrá disponer en España. Como Italia y Alemania piensan que Franco es incapaz, le mandan a Salamanca sus consejeros y embajadores. Italia celebra como triunfo suyo la captura de Santander. Y un espantoso destino de irresponsabilidad conduce a Franco a través de las aldeas incendiadas. Con su cohorte de carníceros internacionales acaso gane la guerra, pero no ganará al pueblo español. Y éste puede ter-

minar el drama como en la gran creación multitudinaria de «Fuente Ovejuna». «¿Quién mató al Corregidor?—Fuente Ovejuna, Señor», respondían a coro en el drama de Lope los aldeanos que de pacíficos se transformaron en justicieros.

Proyectando el problema más allá de la traición de Franco hay todo un caso español del que podemos extraer algunas útiles reflexiones, nosotros, gentes de América, que hablamos la lengua de España y no hemos perdido nuestra comunicación emocional con ella. Entre 1931 y 1936 existió en España una República. Los mejores escritores españoles—que nosotros leíamos—celebraron su advenimiento, y fué fiesta nuestra en cuanto pensábamos que por su mayor madurez histórica, España podría resolver nuevas fórmulas de justicia y de convivencia humana que nuestras democracias estaban retardando. Retóricamente, por algunas mentes coloniales o reaccionarias se hablaba de la «Madre España», y teníamos con nuestro pasado hispánico una relación de grandes frases. La elocuencia del idioma se prestaba a ello, y pocos se atrevían a decir cómo el paisaje diferente, el «aire indígena», el espacio de América iban creando en nosotros una diversa sensibilidad. Porque la España borbónica no nos suministraba los elementos para fijar y marcar históricamente nuestra permanencia en el suelo americano, salíamos a buscarlos por el mundo cosmopolita. Con la nueva España que se perfiló en 1931, ya tuvimos mayor proximidad. España empezó a limpiar su viejo caserón; a adaptarlo a las necesidades y urgencias de un mundo técnico, a repartir un poco de justicia colectiva.

Faltó a ese Estado español—a pesar del idealismo que lo animara—mayor energía para superar lo antiguo y mayor acercamiento entre la «inteligencia» y el pueblo. La supervivencia dentro de la República española de un Ejército de espíritu monárquico, el clásico «Ejército» de los pronunciamientos, es el más lejano antecedente de la traición de Franco. Porque la reforma de España se quedó un poco en las palabras escritas, la Revolución se ha reanudado con

enconada vehemencia en 1936. Culpables como Franco de esta cruenta prueba española son los viejos politiqueros republicanos al estilo Lerroux o Alcalá Zamora, que quisieron escamotear bajo huecas fórmulas altisonantes, el claro sentido revolucionario que tuvo el movimiento de 1931. Y cuando egoístamente algunos escritores como Marañón añoran aquella República española que los colmó de honores y que ellos abandonaron cuando se les tornó trágica, añoran, precisamente, lo que quedaba de privilegiado e irresuelto en la reforma de 1931. La traición de Franco y la intervención extranjera llevarán a su clima el latente y muy viejo problema de España. Y en esta hora de la decisión el pueblo ha comparecido con una presencia magnífica. Con soldados alemanes e italianos podrá tener Franco un triunfo militar, pero su gran problema no es el de la guerra sino el de la paz. ¿Qué haría si fuera gobierno? ¿Tolerará el pueblo español los mercenarios extranjeros que Franco tendría que contratar por un largo plazo? En Franco se enredan los destinos de la baraja; llamó al Diablo y ahora es su chamuscado juguete.

Algunos escritores españoles de los que alentaron el movimiento de 1931, se han refugiado en París. Con pasaportes gobiernistas, comunistas o anarquistas lograron pasar la frontera en medio del espantoso incendio. Las bombas llovían sobre Madrid; las noches madrileñas estaban llenas de detonaciones. Estos escritores eran hombres sedentarios y contemplativos; catedráticos de Universidad, lectores de los clásicos, artistas. Detrás de los Pirineos habían estado, vitalmente, un poco al margen de la Historia de Europa. Trabajaban el gran instrumento de su idioma y eran la «élite» muy fina, de un pueblo que para muchas cosas aun no entraba en la Edad moderna. Hay así cierta analogía entre el «caso» español y el caso ruso. Muchos de aquellos escritores—y era lo terrible—se habían hecho ya anacrónicos ante el patético avance de la realidad española. Aconsejaban la cortesía y la tolerancia y los desgracias del tiempo hablaban con una voz más acongojada y trágica. Los campesinos sin tierras no querían esperar.

Las aldeas frecuentemente se sublevaban y en un odio sin dirección, mataban sus curas y sus alcaldes. La falta de cultura política solía brotar en las erupciones de un comunismo anárquico. Por las crónicas de Pío Baroja entre 1931 y 1936 desfilan estos rostros apasionados o confundidos de la Revolución española. Bajo la República, el señorito quería ser tan privilegiado como bajo la monarquía. Como el pueblo español suele ir al café y se descarga en palabras, muchos imaginaron que la violencia española se aplacaría en la cotidiana discusión. Los funcionarios pensaban que al cambiarle de nombre a las cosas, los problemas se habían ya resuelto. Despuntaban—rompiendo la conformidad y el diario optimismo—los fantasmas de la España Negra. Y así cayeron sobre Madrid los primeros días del Verano de 1936. Lo admirable de este Verano es que Franco que quería hacer un «pronunciamiento» como aquellos «espadaños» del siglo XIX que Valle Inclán caricaturizó en sus «esperpentos», se encontró con la revelación de un pueblo que había menospreciado. Acaso el Gobierno era débil pero el pueblo era fuerte.

El literato fué en esos cinco años de República española uno de los hombres-arquetipos de España. Y ocurre con el literato que cuando no vive en la comunicación directa y emocional de su pueblo, no actualiza los problemas, los plantea literariamente. Cuando después de hablar en el café sale a la calle para orientar o dirigir, ya han empezado a caer las bombas. «Me remito a mi libro que contiene el análisis y hasta la profecía de las cosas que sucederán», suele decir el literato. Pero la multitud apresurada no tiene ahora tiempo de leer libros. Entra en conflicto la vida, no sólo la de uno sino la de los demás; y el ritmo de la vida es siempre más desorbitado y más rápido que el de los hermosos pensamientos.

En este pequeño hotel parisiense, mirando el día tan brumoso a través de la ventana empañada, está un escritor español. Sesenta años vivió con su pueblo. La vida por estar como empozada, era relativamente fácil para las clases cultas, en los últimos días de la monarquía borbónica. El

literato escribió más de treinta volúmenes. Iba a la Academia—y a pesar de su radicalismo literario—se saludaba allí con el Obispo que concurría adornado de cruces. Discutían una etimología latina; una papeleta filológica. Reinaba en aquel ambiente el epicureísmo del intelecto. Por la obra del literato se hicieron célebres algunos rincones españoles donde la lengua hablada por los labriegos recobraba la emoción popular del tiempo de Cervantes; donde las costumbres, los vestidos y las viejas danzas evocaban la más coloreada página de «La Gitanilla». Ahora es triste mirar el día entre estas rápidas gentes que marchan por París, y mirarlo sin saber cuál será nuestro próximo derrotero. Les dimos caminos a nuestro pueblo y él los desdennó, abriéndose otros. De modo semejante, con la fantasía de su España llorándole en el corazón, vino a morir Goya en tierra francesa hace más de cien años. Y ante mí aquel hombre, un grande hombre, sin duda, realiza su examen de conciencia:—¿Somos nosotros un poco culpables?—se pregunta el escritor español. La República de 1931 fué sobre todo una magnífica promoción de intelectuales. Después de cantarla y esperarla tanto tiempo nos encontramos por fin—como en una boda del espíritu—con nuestra virgen España. Ibamos a mejorarla y a embellecerla. Pero acaso por amar mucho la norma, evitábamos las decisiones rápidas. Las cosas se nombraban bellamente pero tardaban en convertirse en realidades. En el Congreso se discutía con tanta elegancia como en la Academia. Otros han dado a la República y al pueblo una fe de afuera—literaria, formal—pero no la profunda fe de adentro. ¿Somos o no, culpables? La solución de esta pregunta comporta la de toda la Historia Universal. Porque hay quienes creen que son las personalidades sobresalientes las que dan el tono y desbrozan los complicados caminos por donde marcha la Historia. Otros suponen que el Universo movido por fuerzas imponderables sólo da a los grandes espíritus la oportunidad de ser los testigos—clarividentes e impotentes a la vez—, de las grandes tragedias colectivas. Un genio como San Agustín era así el observador desesperanzado de la fatal agonía del mundo antiguo. Sabiendo que ya no podía torcer el curso del presente, habló para los

siglos futuros. Elevó la gran «Utopía» de la «Ciudad de Dios».

—Entre tanto, lo vivo de nuestra tragedia—concluía aque! escritor—es nuestra ausencia de España; nuestro destierro para decirlo con la profunda y desgarrada palabra española. Uno imagina—quizás sea una ilusión—que lo que nosotros no alcanzamos a hacer es lo que ahora combate en el pueblo español. La República que venga, cuya esperanza subsiste en esta hora de congoja, debe ser mejor que la de 1931 porque tiene que superar nuestras deficiencias, temores o debilidades.

—No hay que tenerle miedo a la Historia, es la reflexión que fluye de mi caso y del de otros intelectuales españoles. Estamos ante nuestra Historia y debemos aceptarla y combatir en ella, aunque no sea precisamente la que nuestros sueños de poetas habían imaginado.

En el mismo París de 1937 el artista español Pablo Picasso realizó unos complicados dibujos. Los críticos de Arte que a veces sólo ven lo exterior los consideraron como una palpable adhesión del artista al Surrealismo pictórico. No se podían entender e interpretar claramente. Se titulaban *Sueño y mentira de Franco* y en el enrevesado entrelazamiento de sus líneas aparecían los más inéditos monstruos: animales, hombres y objetos allí mezclaban su diversa y contradictoria naturaleza como en la noche de los más antiguos mitos o como en esa intersección fantástica a la que solemos llamar pesadilla. Pero con estos dibujos, Pablo Picasso que vivía hacía treinta años en París y era ya un artista internacional tornaba a ser un artista español; se colocaba en la tradición de Goya. El arte reciente de Picasso abarcaba mágicamente el interno sentido de la revolución española.—¿Qué estará haciendo, qué debe hacer España? se preguntaban los que la amamos, y he aquí que el artista ofrecía una respuesta que si no era la más actual parecía la más profunda. España está haciendo una gran eliminación de fantasmas, nos dicen los dibujos de Picasso. Como todos los pueblos en trance de Historia nueva, ella

liberta lo que estaba muerto, lo que oprimía y angustiaba su conciencia. Los malos sueños de España han compartido por última vez en la cabeza de un traidor. Dibujándolos, Picasso los revela y conjura a la vez. Antes de desaparecer en el umbral de otra España, se disuelven en tan extraño arte como en una danza de agonía. Allí está la cabeza de un toro; las patas de un cerdo, una espada ensangrentada; el terrible mapa interior de Francisco Franco. Todo eso en rigurosa catarsis parecía necesario para llegar a un nuevo momento universal de España.

Santiago de Chile, 1937.

Las primeras rebeliones

POR

Sady Zañartu

El desierto chileno, al darnos pródigo el tesoro de sus minerales, llamó de un principio a pensar en el destino social del hombre que lo explotaba. Tras él estaban las sombras ancestrales del indio, custodio y vengador, de las que no podrían desprenderse los mineros en sus búsquedas y noticias de derroteros. Hombres del norte abrían el puño fiero con la colpa claveteada de cobre, oro y plata. Eran generosos porque la habían sacado de la entraña de la tierra con el combo y la imaginación. Pero el cerro desnudo, al entregarle el panizo ansiado, anticipaba el advenimiento democrático dando el mensaje directo de sus fuerzas ocultas para plasmar una realidad nueva. El grito de justicia vendría de los boquerones que la barreta había abierto, y subiría en los capachos, desde las tinieblas de los peanes, con el gemido de los apires o en el grito de muerte de las inundaciones o atierros. La mina era la estrella soterrada en la noche desértica.

El primer asalto a las minas de Chañarcillo, en 1851, en que se incitó a la rebelión a la peonada de apires y barreteros para apoderarse de los establecimientos beneficia-

dores, presentaba la primera faz de la tragedia colectiva de nuestro siglo. Era aquella una voz violenta que clamaba por los proyectos liberales del reformador Lastarria. (1) Esos mineros formaban, ocho años después, en las tropas que don Pedro León Gallo llevó triunfantes hasta la Quebrada de los Loros con el grito de *Viva la Libertad*, contra la dictadura portaliana del Presidente don Manuel Montt. Este levantamiento era también netamente chañarillano porque tenía por jefe a un hombre vinculado a la vida del mineral, por lugartenientes a individuos que servían en las labores como técnicos o administradores, y por tropa de línea a los mineros que dejaron desiertas las faenas para enrolarse en el cuerpo de los *Zuavos Constituyentes*. Todo lo habían previsto los revolucionarios, pues hasta el costo de la campaña lo extraían del mismo cerro madre. Su héroe jefe don Pedro León Gallo suplía la falta de circulante haciendo acuñar monedas de un peso y de cincuenta centavos, que superaban en ley a las monedas legales. De ese modo, en los discos de plata pura con que se pagaba a la tropa resplandecía sólo el signo del mineral: una gran estrella. La lucha inicial de los mineros chañarillanos empujaba ya una fuerza de rebelión contra un sistema de gobierno que cubría la ignorancia y miseria del pueblo con el ropaje pintoresco del folklore, que hacía gala de mostrar el afecto o el gesto despótico de un patrón que, al explotarlos en el inquilinaje, evocaba las trágicas encomiendas de trescientos años de Colonia.

El ideal, que se extendía sobre los llamos de las sierras, estrechaba a los hombres en comunión inmediata para ponerlos en posesión del patrimonio mineralógico. La autonomía política era sólo un instrumento de acción para la personalidad colectiva de la patria; pero la personalidad del minero requería la autonomía espiritual que se tradujera en normas que convinieran a su capacidad de perseguidor de alcances. La imaginación podría extraviarlo. Y al fin esto sucedía con el placer de los que careciendo de ella embalaban con el acostumbrado clisé de la locura a los que veían «lo lejano».

(1) Las primeras víctimas de ese levantamiento que sufrieron prisiones y destierros, según hay constancia en documentos oficiales, fueron don Fermín Pérez y don José Ramón Valdés. («Chañarillo», por Guillermo Rojas Carrasco.)

El broceo de Chañarillo—mineral y revolucionario, incitó al chileno a correr tierras. El desierto de Atacama iba a ser el teatro de sus aventuras. Ya no le cautivaban las sierras copiapinas cubiertas de retamos con raíces de plata. Había metido su brazo en las disputas por los criaderos o *placers* de oro de California. Si volvió vencido de aquella babel de hombres, en cambio, su personalidad se proyectaba en toda la América por ser la más típica y temeraria, «ganando en los placers y perdiendo fortuna al juego, siempre pronto a dirimir sus querellas o a vengarse de sus enemigos a puñaladas». (1) Había fundado *Chilecitos* desde la Patagonia hasta Bolivia, recorrido el litoral de sur a norte, descubriendo aguadas entre las rocas cercanas al mar y covaderas vírgenes. Su única prenda importada era el aludo sombrero californiano que fuera su símbolo de jefe en las expediciones de reconocimiento.

Empujado por su inquietud aventurera avanzará hacia el interior de Antofagasta descubriendo el salitre y los últimos castillos de plata en Caracoles. Más tarde será la guerra del 79, la conquista de la pampa del Tamarugal, su ascensión al altiplano, los inventos innovadores en el beneficio, y su generosidad de brazos abiertos a los hombres extranjeros que venían por el mar. No había visión más gigantesca que la suya en el proceso espontáneo de crecimiento, animado siempre por el aliento creador de los dioses nativos. La realidad quedaba llena de númenes prisioneros. ¿Quiénes serían ahora los que podían libertarlos y darles voz?

Esta llama nacional, por falta de mentes lúcidas que la encausaran, estaba destinada a perecer, barrida por los vientos, apagada por el apetito voraz de los que querían, en breve tiempo, aprovecharla para su propio peculio.

La única conquista social de esos hombres desnudos y emprendedores, ante la riqueza fantástica del cerro, fué la «cangalla». El minero la interpretó como una expresión generosa de la tierra, dándole una forma de casual hallazgo al beneficio que la mina participaba a su poseedor. No le otorgó el derecho de propiedad que la tradición y las leyes consagraron a las otras industrias. Su teoría se fundaba en que el metal lo daba el cerro, y que este pertenecía en

(1) Pérez Rosales, «Recuerdos del Pasado».

común al que fuere capaz extraerlo de su entraña. Así, de la fortuna obtenida por la suerte, a él le correspondía el rescate o «cangalla» que más tarde las leyes hubieron de permitir en el código convencional de los asientos mineros, considerando esa parte mínima del rico montón de la cancha sacado a pulso del fondo de la labor, no robo sino contrabando.

Pero el cangallero, para apoderarse del metal ajeno, tenía sus principios de moral por los que reconocía la astucia como medio legítimo de defensa de la explotación patronal. Cualquier otro recurso era degradante y sólo lo usaba la plebe de esta casta; mientras mayores obstáculos se oponían al rescate, la adquisición le parecía más justa.

El arte del robo llegaba así a aberraciones inauditas para ocultar las piedras de oro a salvo de la vigilancia de mayordomos y canchamineros.

Los pueblos del interior de la pampa, las placillas de los asientos mineros prosperaban con el acopio de los metales procedentes del rescate comunista. Las casas compradoras se ponían en contacto con las peonadas, estimulándolas a recoger la mayor cantidad de metal, afirmando no sólo la legalidad sino la santidad del robo. Los dueños enriquecidos de esas casas cangalleras iban a alcanzar después en el país grandes situaciones sociales y políticas; entraban al círculo del gobierno, trayendo en la dualidad de sus actos el estigma de la primera deshonestidad. En cambio los obreros seguirían atraídos, más que por el buen salario por la facilidad que encontraban para adquirir las codiciadas piñas, presos en la red explotadora. Se robaba en el interior de las minas, en las canchas, en los almacenes, en las carretas y parras metaleras.

Las mujeres eran las que más contribuían a la extracción de las ricas piedras, por lo que fueron excluidas de los asientos mineros. No se iban a conformar con la ausencia de sus maridos ni del despojo de que eran víctimas. Pronto se instalaron como las fundadoras de una *placilla* que más tarde se transformó en pueblo. Allí era donde los mineros iban a solazarse de noche. Dentro de la placilla el amor, el juego, el ponche, y todos los vicios les hacían consumir en una hora el producto de su trabajo del día y el valor de las piedras ricas que en conciencia se veían obligadas a

quitarle al patrón «para que no gane tanto, trabajando tanto menos que ellos». «En el circuito de esa población estaba abolido aquello de *mío* y *tuyo*, los mineros vendían los metales que les ha tocado en la quiebra del día, con la misma franqueza que el dueño de la mina remite a la máquina Fraguero y Codesido lo que ha podido salvar del hurto.» (1)

Estas poblaciones se multiplicarían más tarde en todo el norte chileno. Se cambiaron los metales de la antigua «cangalla» pero su esencia fué la misma. Juan Godoy en Copiapó, Pueblo Hundido, en Chañaral, Punta de Rieles y Pampa Unión en Antofagasta, Pozo Almonte en Iquique, son lechos donde una humanidad exasperada de trabajadores busca, hasta hoy día, la blandura común del amor y de la orgía. De su pasado quedó flotando el desencanto de la justicia y su porvenir es una ansia confusa de hospedar al forastero de cualquiera nación del mundo. Sus calles imprecisas, cuelgan junto a la huella blanca de la arena, hoteluchos chinos, fondines de contrabandos, baratillos de sirios, casas de faroles rojos, garitos y tabernas, para que la población minera o pampina de todos los asientos y oficinas arroje el dinero de la fatiga, compre alcohol y amor, se unte de la substancia comunista que una fuerza ancestral mantiene.

Ha desaparecido la cangalla con el broceo del metal fino. El salitre y el cobre por su abundancia están desvalorizados para el rescate en pequeña escala. Pero queda el alcohol, los pisqueros contrabandistas de Potrerillos y Chuquicamata burladores de leyes secas, que prohijan la borrachera clandestina, la más terrible de todas.

La «cangalla» ha perdido ya todo su sentido social chilenuísimo y es explotada con sarcasmo por el «gringo» convertido en patrón, que la aplica para burlar el impuesto que el patrimonio nacional exige. Su mentalidad está por encima de los «nativos» y la cangalla del oro se va al extranjero fundida en los lingotes de cobre.

(1) Jotabeche (José Joaquín Vallejos).

El escritor y el cuadrante

POR

Luis Franco

*(Declinando una representación
ante el Congreso Gremial de la
Sociedad Argentina de Escritores).*

Señor Director de *Pan*: En respuesta a su mensaje telegráfico sintetizo apresuradamente aquí las primeras ocurrencias sugeridas por el tema:

1.º Acepto que toda cultura es una unidad orgánica, esto es, un conjunto dentro del cual cada parte obra en función del resto; por tanto, la literatura sólo puede concebirse en referencia al conjunto de las actividades humanas.

2.º Doy por indiscutible que la economía es la llave maestra de todo lo social y que por modos directos o indirectos, plasma integralmente al hombre. Como consecuencia, una civilización erigida sobre un sistema económico—el capitalismo—de explotación humana y de violencia debía ser una sociedad deformadora o atrofiadora del hombre, y esto debía resaltar moustruosamente bajo la crisis total de ese sistema, como hoy.

3.º Resulta, pues, que, o la literatura es sumisa hija de su medio y por lo tanto está contagiada del espíritu de negación—de *nihilismo*, en el sentido nietzscheano—de la sociedad burguesa, o se vuelve abiertamente contra ella y trata de transformarla para salvarse.

4.º Con ello está dicho que, o el escritor está con la revolución, que encarna el espíritu viviente, o está en contra, esto es, con las formas momificadas, y entonces su obra es estéril, cualquiera sea el brillo de su ingenio o su técnica.

5.º Supongo que la servidumbre del hombre de letras reconoce un doble origen: primero, su desvalimiento económico constante frente al político y al industrial—hermanos de vientre—; segundo, su propia concepción del arte y el pensamiento, no como una actividad fundamental sino subsidiaria de otras más serias: la moral, la industria, la política, la religión o la guerra.

6.º En una época en que las fuerzas de opresión multiplican su brío y adoptan los más seductores disfraces para continuar y rematar su obra, la causa emancipadora precisa de hombres íntegramente emancipados del fardo milenarío de prejuicios que pesan sobre la gente. Entre los más capaces de serlo está el escritor, acaso, entre todos, el más llamado a dar el alerta de lo nuevo en un mundo encarcelado e inerte en que toda creación supone revolución.

7.º Creo, pues, que en un momento histórico como el nuestro, en que la lucha por la liberación humana se plantea ante todo en razón

de que los oprimidos han logrado una mayor conciencia de su condición y su misión históricas, y en que un aumento de esa conciencia entraña una ventaja decisiva—la misión del escritor, mensajero de claridad, es intransferible y preciosa.

8.º Por lo demás, la vida humana tendió siempre a desfigurarse y sofocarse bajo trajes y anillos; a dejar engrillar su ritmo por la costumbre y el reloj. El escritor debe luchar contra todo eso honradamente, es decir, heroicamente. Dicho con la mayor modestia: o el escritor asume funciones de libertador o se queda con la magistratura del zángano.

9.º Ahora bien: todo lo que tienda o contribuya a ofuscar en el escritor el sentido de esa responsabilidad honrosa y temible, debe ser combatido sin miramientos. Si el entrañable desasosiego del mundo actual, significa, por encima de todo, la lucha por lo que ninguna cultura consiguió aun: la realización integral de la persona humana; si la literatura puede y debe ser la más activa levadura de ese mundo nuevo, entonces el escritor, antes que profesional de la pluma, está obligado a serlo del espíritu. (Puede perdonarse a los que confunden la literatura con la religión o el deporte, pero no a los que la confunden con una carrera y hoy menos que nunca.)

He aquí, pues, que el hacendoso espectáculo de escritores que deponen sus encontradas tendencias ideológicas en el ara de sus intereses de gremio cobra un sentido doble: por un lado significa el más estabular acomodo a la ortodoxia imperante, mientras se alardea la jesuítica pretensión de situarse por encima del tumulto de los dos únicos frentes que existen, como confiesa el mismísimo Spengler: los de la lucha de clases, siendo así que aquí y en cualquier parte, los hombres de letras forman un proletariado vergonzante; en segundo término huelga decir que no es empresa de mucha honra en hombres que deben tenerse por espoliques del espíritu, el atarearse, bajo el alero oficial, en asuntos almaceneros y caseros mientras media humanidad está en capilla o en el patíbulo.



Actitud ejemplar de Waldo Frank

POR

Enrique Espinoza

La toma de posición de Waldo Frank en la lucha social de nuestro tiempo como escritor revolucionario, data casi del principio de su asombrosa carrera artística. Desde luego, fué uno de los pocos jóvenes intelectuales norteamericanos que se opusieron a la intervención de los Estados Unidos en la guerra europea, tan decididamente que hubo de valerle la cárcel. El triunfo del proletariado en Rusia lo indujo más tarde a romper del todo con la burguesía de su país e interesarse por la suerte de las explotadas Repúblicas del Sur, desde México a la Argentina.

Su primer libro de historia interpretativa, *Nuestra América* (1919) —que por cierto contribuimos a poner en castellano— terminaba ya con estas palabras reveladoras: «En un mundo agonizante, creación significa revolución.» Los dos extraordinarios volúmenes que en torno del mismo asunto publicara, entre otros tan importantes como *España Virgen*, una década después, desarrollaron esta premisa fundamental en ambas direcciones hasta permitirle un planteo práctico del problema en *Aurora Rusa* (1932).

La Meditación sobre el Atlántico que corona dicha obra —una de las mejores que se han escrito acerca de la U.R.S.S.— enfoca precisamente su concepto de la realidad revolucionaria en un sentido creador. Con todo, Waldo Frank está lejos de dar allí una forma crítica definitiva a sus conclusiones. Por eso vuelve a iluminarlas en conjunto a través de su novela *The Death and Birth of David Markand*; y, fragmentariamente, en la última parte de su reciente colección de ensayos *In the American Jungle* (1925-36).

Vale la pena, sin embargo, recordar su diagnóstico del estado enfermizo de los Soviets, al término del primer plan quinquenal, antes de hacernos eco de su noble actitud frente a los inacabables procesos de Moscú.

Aunque le resulta muy difícil concebir en 1932 a los jóvenes rusos tolerando una oligarquía, Frank advierte, no obstante, síntomas de tal peligro en la absoluta centralización del poder, en la tendencia hacia el trabajo a destajo; en los privilegios económicos de las brigadas de choque; y en el acomodo de los funcionarios que empiezan a ser titulados de «burguesía soviética».

El argumento de que estos males son transitorios, afirma textualmente, sólo podrá contestarlo el tiempo.

Por lo pronto, admite que, de continuar el asedio de parte de los países capitalistas, el «estado de guerra» transitorio pudiera perpetuarse y la U.R.S.S. seguir gobernada por unos pocos hombres cuyo

poder extraordinario se «justificara» (son suyas también estas comillas) por las crisis; y con el mismo pretexto ejercida aún más la censura y reforzada la uniformidad en la vida intelectual y política.

En tal caso, concluye Frank en la página 248 de la edición original de *Aurora Rusa* con la que cotejamos el texto español, no exento de algunos dislates, la U.R.S.S. encontraríase cada vez más aislada intelectualmente y más apartada del ideal comunista. Porque, según explica a renglón seguido, sus críticos *at home* callarían para no dar gusto al enemigo; y, fijada la emergencia en Rusia, tendería a fijarse entre los pocos pensadores revolucionarios de los países capitalistas, en una posición defensiva, haciendo imposible el libre desarrollo del pensamiento revolucionario a causa del asedio burgués.

Salvo esta última explicación referente a los intelectuales, el diagnóstico de Waldo Frank no pudo ser más exacto. El tiempo, hasta donde podemos apreciarlo al término del segundo plan quinquenal, ha demostrado que aquellos síntomas de peligro, no eran, ay, pasajeros, confirmando *la vana sentencia* que, con el poeta, nuestro amigo dejara librada al mañana.

En cuanto al pensamiento revolucionario, propiamente dicho, la verdad es que los críticos marxistas, empezando por el mismo Trotsky cuya labor gigantesca en ese sentido no desconoce por cierto Waldo Frank, nunca han dejado de hacerse oír dentro y fuera de Rusia. Claro que algún viejo maestro romántico del tipo de Romain Rolland, *verbi gratia*, fiel a su antiguo ideal de no resistencia, termina en los últimos años por hacerse portavoz de la mitología oficial del gobierno soviético; y un novelista de la clase media como Lion Feuchtwanger, el autor del «Judío Süß», a quien exalta demasiado el éxito de su héroe por equivocación, se prosterna ahora lógicamente ante el icono de Moscú 1937, que, según sus propias palabras, empieza a sentirse Jesucristo... Pero en general, los auténticos pensadores revolucionarios, no pierden en ningún momento su independencia de juicio.

El mismo Frank no deja de reconocer la valiosa contribución del profesor Sidney Hook a la bibliografía marxista norteamericana y la importancia de órganos disidentes como *Modern Monthly* que dirige V. F. Calverton. Por su parte, no renuncia tampoco a la exposición de sus originales puntos de vista, primero, en su extraordinario ensayo de *New Republic* (1934) sobre la supervivencia del Judío (páginas admirables cuya exclusión de la Antología conmemorativa del vigésimo aniversario de esta revista no nos explicamos) y sucesivamente, en sus importantes discursos inaugurales en los Congresos de escritores de Nueva York, París y México.

De vuelta de México, precisamente donde como buen novelista dialoga con Trotsky para formarse una impresión directa del hombre sobre quien otros escritores y huéspedes de la misma ciudad sólo bus-

can «cosas pintorescas» por boca de ganso, Waldo Frank, profundamente conmovido por el Proceso de Moscú, asume la actitud ejemplar que motiva estas notas. Lo hace por medio de un simple comunicado a *New Republic*; pero de tanta trascendencia que la gran revista no puede menos que destacarlo entre los titulares de su portada.

Frank sostiene en forma concreta, 1.º que el Proceso de Moscú no ha sido explicado con suficiente claridad para convencer a cuantos deben ser convencidos dada la significación especial que Rusia tiene para todos los revolucionarios del mundo; 2.º que los acusadores de Trotsky aparecen como traidores, espías y asesinos convictos y confesos y éste condenado por el testimonio de *tales hombres*; y 3.º que no es posible olvidar que Trotsky es más que un mero individuo con los derechos inherentes a cualquiera. *As one of the leaders of 1905 and 1917, as Lenin's most conspicuous co-worker, as a brilliant internationally read Marxist writer, Trotsky has become a symbol.* (*)

Por eso cuanto se refiere a los cargos que se hacen en torno de su personalidad, no admite confusión y precisa ser aclarado en interés de la misma Rusia. Al respecto, sin desconocer la integridad de John Dewey y demás miembros del Comité para la defensa de Trotsky reunido en la ciudad de México, Frank propone la formación de una Corte superior compuesta por abogados y jurisconsultos ajenos a la política revolucionaria; pero bajo los auspicios de la dos Internacionales obreras a fin de que tenga acceso a las pruebas del gobierno soviético y a las de los archivos de Trotsky.

Ahora bien, podemos estar en desacuerdo con uno u otro punto de esta proposición. El testimonio de un hombre como John Dewey puede parecernos más importante que el de cualquier «técnico» en Derecho Romano; y aún no aceptar la existencia de jueces íntegros, completamente ajenos a la política. También podemos ironizar a propósito de la situación de los directores de la Segunda Internacional acusados hace pocos años por los de la Tercera de casi los mismos crímenes «trotskystas». Lo que no podemos dejar de reconocer es la nobleza del impulso de Waldo Frank y las causas profundas que aude en las conclusiones de su actitud verdaderamente ejemplar.

Un cisma muy serio amenaza, en efecto, al mundo revolucionario de hoy si las «verdades» subjetivas y emocionales de los rusos se convierten, como teme Frank, en mitos estratificados y se persigue con el epíteto de «trotskysta» a todo el que reclama un poco más de claridad en el Proceso de Moscú, por encima de las lealtades sectarias y los personalismos de cualquier orden.

En verdad, algo muy parecido sucedió ya una vez dentro del movimiento obrero y trajo la muerte de la Primera Internacional. Entonces Bakunin fué el chivo emisario... Se quiso ver en el gran re-

(*) Véase la traducción de Emilia Prieto en el número 803 de «Repertorio Americano», y la rectificación de Waldo Frank en el número 812.

belde al culpable de todos los males. Pero la supervivencia del anarquismo ha demostrado el tremendo error de Marx, al hacerse cargo de las acusaciones contra su traductor ruso que no tenía que ser necesariamente un traidor...

Franz Mehring, a quien Rosa Luxemburgo veneraba como el albacea de la herencia filosófica que Marx atribuye al proletariado alemán y como el maestro que «con su pluma maravillosa ha enseñado a nuestros obreros que el socialismo no es, precisamente, un problema de cuchillo y tenedor, sino un movimiento de cultura, una concepción grande y soberana del mundo», dejando a un lado la leyenda oficial del Partido, establece la verdad histórica sobre este pleito en su monumental biografía de Marx contra todos los ataques de la «clerigalla marxista». (1)

Los escritores conscientes de su papel orientador en el campo revolucionario, no pueden en nuestros días proceder de otro modo. Atenerse a las leyendas cambiantes de la burocracia soviética es renunciar a la función primordial de la inteligencia. Waldo Frank nos brinda el comienzo de un ejemplo digno de ser seguido. Su alta autoridad moral se acrecentará aun más entre nosotros cuando nos ofrezca el ensayo que nos promete con las lecciones del trágico Proceso que atañe ya también a escritores profesionales de la talla de Boris Pilniak.

(1) «Mi crimen, del que jamás podré redimirme a los ojos de la clerigalla marxista, consiste en dos cosas: primero en haber oído a los testigos bakuninianos y a los marxistas para exponer el pleito entre Bakunin y Marx, es decir, en haber oído a las dos partes, como es deber de todo historiador; segundo, en no haber enfocado, cumpliendo con el deber que es por lo menos el de todo historiador marxista, la historia de la Internacional como una tragicomedia en la que un intrigante vil derriba a un héroe sin tacha, sino como una gran causa histórica, cuyo apogeo y cuyo ocaso sólo puede explicarse por razones y concatenaciones históricas igualmente grandes.» Franz Mehring: «Carlos Marx», Páginas 566. Traducción de W. Roces. Editorial Cenit. Madrid, 1932.

La muerte inútil

POR

Jean Guehenno

No quisiera escribir sobre estos procesos de Moscú nada que pueda descorazonar o entristecer a aquellos de nuestros camaradas para quienes Moscú será siempre el corazón del mundo. Rusia les parece santa y es demasiado comprensible su amor y su piedad. Creerían faltar a la lealtad revolucionaria si no se empeñaran en justificar cuánto puede acontecer allá. No quisiera decir nada que pueda chocar a sus sentimientos.

Creo también un deber de probidad decir que no hablo más que en mi nombre. Sé que mis amigos de *Vendredi* no tolerarían que yo escribiera que no estamos siempre de acuerdo. Pero más de una vez en cuestiones graves y delicadas que comprometen la conciencia por entero—la cuestión de España, la cuestión que plantean estos procesos—, hemos sentido que cada cual no puede hablar más que por sí mismo. Los matices tienen aquí la más grande importancia, y el acuerdo aun entre amigos sólo es posible en una común angustia, en una misma inquietud por la verdad y en una voluntad común de servirla. Estas pasiones que nos son comunes hacen la unidad de *Vendredi*.

Creo haber leído todo lo que se puede leer en Francia sobre estos procesos. ¿Quién no siente después de tales lecturas, cualquiera que sea su pensamiento y su expresión, inquietud y tristeza? ¿Quién no se dice que este no es el camino recto? La causa de todo el pueblo no está ni en estos atentados ni en estas ejecuciones. De uno y otro lado no son más que excesos de revolucionarios profesionales y de espíritus enardecidos por ellos mismos. Nosotros no tenemos por nuestra parte que ser stalinianos ni trotskistas. Son problemas específicamente rusos. Y repito que en estos procesos los acusados no me parecen valer más que los jueces. Pero mientras los jueces continúan matando y los acusados muriendo, yo que amo abogar de preferencia por las víctimas y las causas perdidas, porque no me gusta aullar a la muerte, me atrevo a gritar: ¡Basta de sangre!

Parece imposible poner en duda la culpabilidad de los acusados, de los condenados. Los trece hombres que fueron ejecutados han saboteado el trabajo del pueblo, según su propia confesión. Verdaderamente poseídos por la idea que tienen de la acción revolucionaria han preferido, si hay que creerles, esta idea a su país y tal vez a la paz.

¿Cómo explicar entonces la impresión de pena insoportable que dejan los debates? Es que contienen más bajeza de la que es posible soportar. ¡Estos hombres son culpables! Pero ¿puede la justicia convertirse en un pretexto de propaganda? ¿Se monta un proceso como se monta un film? Diecisiete acusados, diecisiete criminales. Todos

— 23 —

confiesan y todos tan ingenuamente, tan totalmente. ¿Dónde están los otros, aquellos que sólo han confesado a medias y los que no han confesado? ¿Y no es extraordinario que un proceso de tal importancia no haya tenido sus comparsas y sus víctimas? ¿No se juzgará sino a aquellos que han confesado ya? ¿Por qué nos muestran sólo los más grandes criminales o los primeros actores? Todos confesaron y confesaron demasiado. No se puede creerles. ¿Qué necesidad tienen de envilecerse tanto si se saben de antemano condenados? ¿Para morir asimismo «bajo la bandera de la revolución»? Es decididamente demasiado edificante. Surge una verdad más horrible: se trata de hombres acabados, de «almas muertas».

El *Daily Herald*, órgano laborista inglés, en un artículo del 30 de Enero, destaca que de veinticinco miembros que formaban el Comité central bolchevique durante los grandes años 1919-1920, veintiuno sobrevivían al comienzo del año último. De estos veintiuno, cuatro fueron fusilados en Agosto, uno se ha suicidado, dos, Radek y Serebriakov, acaban de ser condenados, Trotsky se encuentra en el destierro, Rykov y Bujarin están mientras tanto arrestados. En total, diez «traidores» por lo menos sobre veintiuno revolucionarios probados. ¿Cómo creerlo? Una cosa nos inquieta tanto como sus crímenes. Si han traicionado, ¿qué desesperación los ha podido empujar? ¿Qué intolerable entrenamiento los ha llevado de la oposición a la traición? ¿Y a quién han traicionado? No podemos creer que hayan querido traicionar a la Revolución. Todo lo que uno encuentra para justificar a sus jueces es que si a ellos mismos, trotskistas, hace algunos años los hubiesen desplazado, no tratarían sin duda de otro modo a los stalinianos.

Lo que parece ser verdad es que hay un clima ruso de la revolución y es posible que este clima no pueda ser otro. Está determinado por una larga historia de terror y de sangre. He juntado durante años numerosas notas para una biografía de Lenin. He renunciado a escribirla, descorazonado por la enormidad de la empresa; pero ella me ha permitido al menos conocer un poco la historia de la Revolución en Rusia durante el siglo XIX y en nuestro tiempo. Al luchar desesperadamente contra un Estado policial, la Revolución ha debido tomar a menudo una forma policial. A la astucia se ha debido oponer la astucia, a la violencia, la violencia. Estos procesos de los trotskistas hacen pensar mucho en los procesos de los Petrachevtzi, de los Nerchaievtsi, de los Dolguchintzi, de los Cincuenta, de los Ciento noventa y tres. Es la misma atmósfera envenenada y sofocante. Un pueblo no escapa fácilmente a su historia. Las cenizas del pasado humean mucho tiempo después que el pasado ha muerto, y todo pueblo vive entre estos humos y respira sus venenos.

Al anotar estas reflexiones, pienso también en nosotros, en mi país, en Francia. Nosotros hemos atravesado también la era de las violencias. La Revolución se devoraba a sí misma. Robespierre guillotiné a Dantón. Bonaparte ocupó la plaza. Durante treinta

años la Revolución parecía muerta. En verdad, todo lo que no había sido más que obra de la violencia estaba muerto, porque la violencia no crea nada. Pero todo lo que la razón crítica había construido se hizo de nuevo a la luz del día, se acrecentó y nosotros tenemos ahora detrás de nosotros más de cien años de trabajo crítico y tolerantes, más de cien años de tradición revolucionaria: hay para lo sucesivo también un clima francés de la Revolución. ¿Diré yo que los procesos de Moscú me inclinan a pensar que en este sentido no tenemos nada que envidiar a Rusia? El clima de la Revolución se ha vuelto entre nosotros un clima de libertad, y los riesgos de la Revolución son entre nosotros los riesgos mismos de la libertad. Nosotros no tenemos otro deber que continuar manteniendo, cada uno según sus fuerzas, este clima. No venceremos sino en la línea y dirección de nuestra propia historia.

Y si debemos volver a los asuntos de Rusia, lamentemos en estos atentados, en estos procesos, en estas ejecuciones, la miseria quizás inevitable de un gran pueblo para quien ha sido más duro que para ningún otro el camino de la libertad. Por lo demás, nuestra causa común no está ligada a estas contingencias nacionales. Y que nuestro mismo amor haga nuestra voz más elocuente y nuestro llamado más eficaz, si en el momento mismo en que nos anuncian una nueva hornada, nosotros gritamos a los camaradas: ¡Basta de sangre! ¡Basta de sangre! por la misma grandeza de la República soviética!



Las razones del fascismo

POR

B. Sanin Cano

Una visión superficial y tal vez interesada de la política internacional, según se presenta en estas horas turbias y sin esperanza que vive la desolada Europa, hace pensar a escritores precipitados que el fascismo es una creación ideada y traída a debido efecto por Benito Mussolini para su uso personal y ordinario. Las formas exteriores del fascismo, su teatralidad en palabras y en obras son creación del Duce para servicio cotidiano de sus compatriotas. El pueblo italiano, tan acertadamente visto y comprendido por Stendhal, vive principalmente la vida exterior. No quiere esto decir que la patria de Dante, de Beccaria, de Leopardi y de Cavour, no tenga una vida interior de las más intensas; pero lo exterior, lo ornamental, la apariencia le son necesarias y la deslumbran. Una tercera parte de la vida rebosante y grandiosa del Renacimiento en Italia se manifestó en las cosas exteriores, según lo apunta Burckhardt con su profunda ciencia de la vida y su intuición del pasado.

Del gran movimiento italiano de reacción, posterior a la guerra mundial, a Mussolini se le deben el espectáculo y el nombre. La idea fascista en su profundo carácter político se cernía sobre la Europa atribulada por su gran desarrollo y congestionada de población y de riquezas mal distribuidas ya mucho antes de 1914. Las clases directivas tenían el sentimiento de que se estaba viviendo bajo un sistema de grandes injusticias, y de tal convicción saltaban los cerebros pensantes a la creencia temerosa de que a seguir Europa rigiéndose por el sistema democrático puro, y entregada a los parlamentos, había de venir un día más tarde o más temprano el dominio absoluto del proletariado que empezaba a ilustrarse y era, a todas luces, una imponente mayoría. La convicción en que estaban los gobiernos de la vecindad del peligro fué una de las causas indirectas e íntimas de la guerra espantosa de 1914.

Las grandes potencias se imaginaron que obteniendo el triunfo, se salvarían por unos años a lo menos, de la transformación amenazante. La transformación vino en Rusia antes que en otra parte, porque el zarismo se supo vencido desesperadamente desde el año calamitoso de 1917. El zarismo estaba destruido en 1917 no por la acción de sus enemigos armados contra él en Austria y Alemania, sino por el hecho mismo de la guerra. La manifiesta incapacidad de los gobernantes en San Petersburgo pudo más que los ejércitos diezmados y mal provistos de las naciones germánicas.

Al terminar la guerra el problema de las desigualdades e injusticias lejos de resolverse por sí solo adquirió nuevas formas con exponentes altísimos y coeficientes de la más laboriosa eliminación. En unos pueblos surgió el nacionalismo como el mejor remedio para la tremenda crisis actual o amenazante. En Alemania, donde antes de la guerra era el socialismo el partido mejor organizado, no sobrevino el gobierno de los proletarios, porque no basta la organización, y el

partido socialista carente de hombres superiores y desacreditado por que le hacían responsable de la derrota, no se atrevía a asumir el poder. Además un bando inescrupuloso y subterráneo se encargó de eliminar sistemáticamente, explotando las angustias y la miseria de los vencidos, las cabezas visibles del partido colectivista: eran las primeras manifestaciones del fascismo alemán.

En otras comarcas la reacción contra el socialismo tomó el nombre de nacionalismo y no cumplió su destino, a pesar del gran talento y la decisión de sus altos gestores, porque la guerra no había causado en esas partes la desorganización que en Italia o en Alemania. Mussolini explotó con gran talento la desesperación del ejército vencedor, compuesto de gentes sin ocupación y se apoyó en los poseedores, resueltos a todo en la amenazante expectativa de una liquidación total.

Esta es la significación auténtica del fascismo. Allí donde la organización democrática tenía bases firmes como en Inglaterra, Francia, las monarquías escandinavas, Holanda, Suiza, la República saxo-americana, la tentativa de subversión se ha disuelto en el juego de las libertades públicas. En Francia, bajo la dirección de uno de sus hombres más inteligentes y más leales a su generosa inteligencia, el fascismo disfrazado de nacionalismo y de reacción católica no ha pasado de una bella exhibición literaria con algunos rasgos de breve comicidad y de heroísmo callejero. El fascismo contaba además con la sumisión y paciencia de la índole nacional en ciertos países. El caso de España es instructivo y protuberante. Pasaba por Madrid en la primavera de 1924 un periodista italiano de gran renombre, conocedor de la vida política española y de otras muchas naciones de Europa. Duraba todavía en España la luna de miel del movimiento fascista encabezado por Primo de Rivera y llevado por él a un fácil éxito. Ese movimiento había triunfado al favor de la indiferencia vecina de la burla con que el pueblo miraba la degeneración del parlamento y la corrupción de las costumbres democráticas. Le preguntaban algunos periodistas de Madrid a su colega italiano: ¿Durará el fascismo en Italia? A lo cual el inteligente viajero replicó lacónicamente: «Llegó allí para quedarse.» Los periodistas madrileños quisieron saber entonces la opinión del italiano sobre la situación política de España en ese momento indescifrable. «Aquí, respondió el viajero, no durará el fascismo mucho tiempo.» «¿En qué funda usted su creencia?», apuraron los curiosos españoles. «En que aquí no se ha perdido todavía el sentimiento de la dignidad.» «¿Qué pasaría, preguntó a su turno, si mañana salieran agentes de un gobierno o de un partido a distribuir dosis máximas de ricino a Romanones, a Melquíades Álvarez, a Fernando de los Ríos, a Luis Araquistáin y a los notorios miembros del viejo parlamento?» «Habría de seguro muchas muertes en el estrépito de los motines que se formarían en todo el ámbito de España», avanzó uno de los presentes. La explicación fue profética. En estos momentos la dignidad, el sentido trágico del honor pugnan en España contra el fascismo del ejército nacional, amotinado, contra el fascismo italiano, contra el de Hitler y contra la indiferencia inexplicable de las grandes potencias civilizadas.

Homenaje a Guillermo Enrique Hudson

Intención de este homenaje

Hemos querido honrar una vez más, con motivo del décimoquinto aniversario de su muerte, la memoria del gran escritor angloargentino, Guillermo Enrique Hudson, el maestro de *Far Away and Long Ago*, reproduciendo al frente de algunas muestras sutiles de su ingenio, el hermoso prólogo que su viejo amigo, el venerable crítico internacional Edward Garnett, muerto recientemente en Londres, ha escrito para la edición póstuma de *A Traveller in Little Things*. El nombre de Edward Garnett aparece ligado al de nuestro Hudson desde la época ya remota de la primera publicación de *El Ombú*, cuando el valiente crítico, haciendo causa común con el autor del libro se retiró de la empresa editora que servía como consejero literario, porque ésta había rechazado el cuento que hoy todos consideran una cumbre de la literatura universal.

De *El Ombú* precisamente ofrecemos el *Apéndice* sobre la primera invasión inglesa en el Plata y el juego popular de aquel entonces entre los gauchos, a fin de que el lector aprecie el método seguro con que el sabio naturalista trabajaba sus obras de arte. Las consideraciones sociales y políticas que Hudson anota de paso en este *Apéndice* acerca de Rosas y su pueblo parecen de ahora. Y ninguna gloria mayor para un novelista que ésta de parecer no del pasado, ni del futuro sino de siempre por aquello que es invariable en el hombre y la naturaleza.

En cuanto al juego popular del *pato*, que tiene hoy su equivalencia en el archiaristocrático del *polo*, Hudson nos ofrece la primera y más vívida descripción, a tal punto que una de las escenas más divertidas del último film de Chaplin, *Tiempos Modernos* (la del restaurant), se diría una sátira inspirada en este pasaje de *El Ombú*.

Las otras páginas que ofrecemos con recuerdos de la infancia y juventud de Hudson en su Pampa nativa de la provincia de Buenos Aires, constituyen asimismo lecciones ejemplares de técnica literaria que hemos tenido ya ocasión de destacar detenidamente en un estudio que por algo llamamos «La reconquista de Hudson».

Ojalá este significativo homenaje en nombre de los escritores chilenos, a los que pertenece en parte el traductor de *La Tierra Purpúrea*, Eduardo Hillman, y por entero, Ernesto Montenegro, el traductor de *Mansiones Verdes* (libro que ya no tardará en aparecer entre nosotros), promueva de este o del otro lado de los Andes la publicación de *Días de ocio en la Patagonia* en el idioma que también nos es común. Joaquín Edwards Bello con su voz potente, ha llamado hace poco tiempo la atención del público chileno sobre Hudson desde las columnas de *La Nación*. Los hermosos versos inéditos que nos ha hecho llegar nuestro compañero Luis Franco, uno de esos poetas «rurales» tan caros a Hudson, coronan dignamente la intención más alta de este homenaje que por lo mismo merece llamarse andino en su sentido integral.

E. E.

Una nota sobre el genio de Hudson

POR

Edward Garnett

Cuando, muerto Hudson, contemplé su rostro mientras yacía en su lecho, dentro del cuarto sombrío, me dió la impresión de la máscara serena de un vigoroso cacique. Todas las líneas estilizadas que surcaban su amplia frente, su pensativa tristeza y el vivo fulgor de su semblante se habían suavizado. Yacía como un viejo jefe de la Edad de bronce, que durante largos años, buenos y malos, ha conducido su tribu; y al que ahora sólo quedaban los antiguos ritos, el fuego purificador, el altar en la colina, y la eternidad de las estrellas, del viento y del sol.

Si; Hudson fué un jefe entre sus compañeros, pero las tribus que cobijó bajo el manto de su comprensión, de su apasionado interés, por las que habló y luchó toda la vida, no eran criaturas humanas sino vastas tribus de la naturaleza selvática, especialmente, del reino de los pájaros, perseguidas, destruidas y extirpadas por el hombre.

La fuente central del genio de Hudson era el fuego interior de su pasión alerta, los sentimientos de amor, enojo y piedad que nacían espontáneamente del observador cuando condenaba la brutalidad del hombre y que chispeaban en sus ojos en respuesta a todo lo bello de la tierra: la mujer o la naturaleza, los pájaros o las plantas, los árboles o los cielos.

Este inagotable manantial de sentimientos era lo que hacía de Hudson el más encantador de los compañeros. Lo conocí y amé íntimamente como amigo y no recuerdo un solo momento de tedio, pesadez o desagrado en su compañía. De la fuente de su espíritu brotaba siempre un agua fresca y límpida. En veinte años nunca le oí repetirse. Todo porque su espíritu era amplio, rico y nuevo en sus respuestas a la naturaleza y al drama del vivir; porque se renovaba perennemente en el ritmo fecundo de la naturaleza; porque el clamor y la inquietud del egotismo menos que en nadie deformaban en él sus sentimientos.

De todos los escritores que he conocido, Hudson era el que menos se preocupaba de la fama o la reputación. En Londres había sufrido terriblemente al principio, pobreza y soledad y en el fondo de su espíritu yacía el recuerdo de sus fracasos cuando sus memorias y artículos apenas le valían el salario de un deshollinador. ¡Cuántas mediocridades victorianas, ahora olvidadas, eran entonces exaltadas hasta el cielo! Pero aun cuando alcanzó el éxito, y sus libros le producían un poco, continuó siendo el hombre menos afectado por el aplauso. El siguiente pasaje de una carta que me dirigió el 11 de Octubre de 1910, es demostrativo de su actitud:

«Usted ha elogiado tanto *A Shepherd's Life* que he tenido que esperar y enfriarme para contestarle. Pero usted es siempre demasiado generoso conmigo. Esto se debe a que está usted en cierto modo bajo la influencia de una ilusión. ¡Es tanto mejor un hombre que sus

— 29 —

libros! Tome lo mejor que haya hecho, ¿no le parece que contiene muy poco de lo mejor que hay en usted y ese poco pobremente expresado? Una vez terminados, no me gusta volver sobre mis libros. Supongo que al conocer íntimamente a un hombre y sentir afecto por él, usted espera encontrarlo—en parte por lo menos—en su libro. De ahí la ilusión. Creo que Sully explica todo esto en su libro *Illusion*. Pero basta respecto del libro.»

Nadie como Hudson para menoscabar *A Shepherd's Life*,—esa rica y delicada trama tan firmemente combinada, ese tapiz verídico de las costumbres, sucesos, modos y caracteres de la vida de otro tiempo en Wiltshire Downs; un libro compuesto de sus frecuentaciones a las llanuras de Salisbury. Y sin embargo, lo que Hudson dice en sus cartas no deja de tener su verdad. Hudson era mucho más completo y profundo que sus libros; en cada uno de los cuales, sucesivamente, fué reflejando aspectos nuevos de la «earth life» que amaba; nuevos aspectos de sí mismo como naturalista, poeta y creador. Su fecundidad era inconmensurable. Durante nuestros encuentros le he oído referir centenares de pequeños dramas humanos, cuentos característicos, conmovedores, chispeantes, entretenidos, de gente que había conocido o de la que había oído hablar, historias vividas de las que nos ha dado muestras encantadoras en *A Foot in England*. En todos los condados del sur de Inglaterra se había hecho durante sus travesías de muchos amigos, principalmente entre la gente humilde, y en las cartas que me ha escrito se lamentaba a menudo de no encontrar en sus nuevas visitas a esos pueblos muchas viejas caras conocidas.

Tenía facilidad para hacerse amigo de las personas que le agradaban; había cierta espontaneidad y magnetismo en su actitud que cautivaba a sus oyentes. En sus años últimos, cuando todos sus parientes y amigos de la juventud, habían desaparecido—lo mismo que el carácter salvaje de la pampa, su fauna y sus pájaros—el espíritu de Hudson parecía entregarse a los episodios trágicos y penosos y a los contratiempos de la vida; pero aun este «desencanto rebelde» no amenguó su pasión por la vida. La única cosa que temía era la muerte y este temor sombrío aparece en numerosos pasajes de sus últimos libros. Todavía resuena en mis oídos el estremecimiento agudo de su voz la última vez que lo ví vivo en un día de Agosto. «¡Cómo! ella ha muerto», exclamó mirándome fijamente, cuando le hablé de la muerte de una escritora que ambos admirábamos. Y sus ojos reflejaron toda la «insoportable pena» por «la hermosa y múltiple vida desaparecida». Toda esa obsesiva tristeza que inspira una exquisita página, «The Return of the Chiff-Chaff», en *A Traveller in Little Things*. Pero aun en sus accesos de melancolía había algo indomable en la filosofía hudsoniana de la vida. Se tenía la impresión de que era, como dijo Conrad una vez, «un producto de la naturaleza», semejante en su esencia a un rincón de bosque o matarral, valle o montaña llena de rocas, impetuosos torrentes, pastos floridos y toda una lujuriosa y delicada vegetación. Como el de sus libros, el encanto de su personalidad era inherente a esta misteriosa y fecunda vitalidad de su espíritu. El campo de su poder emotivo y de su visión poética

puede apreciarse, en diversos aspectos, en una docena de sus libros. Pero su fascinante personalidad se muestra mejor en dos de sus novelas: *La Tierra Purpúrea* (1885) y *Mansiones Verdes* (1904). La primera, del Hudson juvenil, tiene todo el encanto de su humor irónico (teñido de esa fineza española que le venía por derecho de nacimiento y que lo diferenciaba de todos los demás escritores ingleses) y todo el ingenio artístico, la encendida pasión y la tierna simpatía de su temperamento. En ciertos capítulos de esa novela (XIX, XXI, XXVI) se perciben las ricas inflexiones de su voz.

La más intensa y profunda emotividad de la naturaleza de Hudson en toda su aptitud para la pasión trágica y la melancolía meditativa, se manifiesta plenamente en *Mansiones Verdes*, *El Ombú* y *Marta Riquelme*. Estas novelas de imaginación revelan el verdadero origen del genio de Hudson, su riqueza de simpatía que ha animado la capacidad de percepción y reflexión, de observación y análisis, de nuestro gran naturalista campestre.

Para ejemplificar ese sentimiento artístico que le guiaba contaré el siguiente episodio: Una noche estaba sentado con él en un prado limítrofe de un bosque cuando oímos a un atajacaminos llamar dos o tres veces. Hudson imitó inmediatamente el grito y el atajacaminos se acercó revoloteando sobre nuestras cabezas. Hudson rió sardónicamente y volvió a repetir el grito y el pájaro continuó dando vueltas a nuestro alrededor como si estuviera asombrado de ver ese extraño hombre-pájaro que imitaba su grito. De pronto, tras de haber contemplado al pájaro con afectuosa burla, agitó el brazo con gesto señorial de despedida, y diciendo: «Vamos, vete a tus mariposas», se incorporó mientras el pájaro desaparecía.

El primer despertar y desarrollo del genio de Hudson aparece claramente en «Allá lejos y hace mucho tiempo». Nacido en las pampas sudamericanas en 1846, tuvo de niño todas las circunstancias a su favor: un medio románticamente salvaje y hermoso—un paraíso de pájaros—que estimulaba sus innatas aptitudes poéticas y creadoras y su sentido del misterio que nutría su curiosidad humana con el espectáculo de la vida primitiva de los gauchos y la atmósfera de graciosas tradiciones del viejo mundo español. Hudson fué feliz en el hogar de sus padres. Su familia toda era un tronco bello y firme. Su mezcla de sangre—Devonshire, Nueva Inglaterra e Irlanda—(su abuela materna era irlandesa) lo dotó con el vigor de un cruzamiento feliz.

Pero a los dieciséis años se torció su destino. Cayó enfermo sin esperanzas de recuperar la salud. Al principio esta desgracia pareció aniquilarlo, pero en realidad sólo desvió sus energías en un sentido creador y profundizó inmensamente su naturaleza y su visión espiritual. En lugar de llevar una vida de gran actividad se vio obligado durante años a permanecer quieto, contemplar, meditar y filosofar. Y así trazóse el camino del estudioso naturalista y más tarde el del escritor de la naturaleza. Mientras su panorama intelectual, según nos refiere él mismo, fué modificado y orientado por el nuevo sol de la teoría de la evolución, su profundo sentido poético, su sensibilidad

de la belleza—al revés de lo que le pasó a Darwin—lejos de declinar en lo más mínimo aumentaron en su contacto con la naturaleza.

El segundo período de su desarrollo que podemos fijar aproximadamente entre 1860 y 1875, completó el crecimiento de su poder de observación y contemplación y su sensibilidad artística y poética, que finalmente alcanzó su madurez en *El Naturalista en el Plata y Días de ocio en la Patagonia*, 1891-92, que fueron compuestos en gran parte años atrás. En cuanto al «sombrio período» de la vida de Hudson desde 1876 a 1882, es decir, desde su primera llegada a Londres, en que «se vió obligado, como dice él mismo, a vivir apartado de la naturaleza durante largos períodos, enfermo, pobre y sin amigos», odiaba recordarlo. Comprendiendo instintivamente esto nunca le hice preguntas sobre el particular. Pero recuerdo que una vez me contó que estando muy necesitado, después de haber terminado un trabajo para un famoso genealogista, como le dijera que no podía continuar su trabajo si no le pagaba algo a cuenta, su protector sacó media corona de su bolsillo y se la ofreció con estas palabras: «Esto es cuanto puedo darle. No tengo más dinero.»

La publicación de «Un Naturalista en el Plata» (1892) por el que fué considerado en seguida un clásico y declarado por Alfred Russel Wallace como «absolutamente único entre los libros de historia natural» fijó definitivamente la fama de Hudson y con esto comienza, puede decirse, el período final y el más fecundo de su vida (1892-1922). Como gran intérprete y poeta de la vida de los pájaros su angustioso llamado a favor de las especies amenazadas en *Lost British Birds* encontró lentamente eco en la conciencia pública. En *Nature in Downland* (1900) y en *Hampshire Duys* (1903) Hudson creó un nuevo tipo de libro de la naturaleza, tipo que logra transmitir a la página impresa la luz y la sombra de la misma naturaleza, su prodigalidad y sus mutaciones; atrapa, por así decirlo, el hálito del viento y de la atmósfera, y entretreje sus distintos cuadros con una trama de asociaciones humanas. Científicos de mirada estrecha han lamentado que el instinto poético de Hudson y su sentimiento por la ilimitada y misteriosa belleza natural de la vida salvaje haya contribuido cada vez más a dar vida y transfigurar «la torpe y pesada máscara de la mera curiosidad intelectual» de que habla en *Mansiones Verdes*; pero, como se ha subrayado más arriba, el vigor de su sentimiento apasionado, constituía la raíz de todas sus virtudes y hacía a Hudson extraordinario.

La belleza es un factor integrante de la formación de la naturaleza. Del mismo modo que una catarata ocular significa ceguera, insensibilidad para la luz, la torpeza del espíritu y la insensibilidad del corazón suponen una falta de percepción y una deficiencia mental. Nadie se enorgullece de la miopía o la incapacidad de distinguir los rasgos de un semblante. Las mujeres no se jactan de no ver la belleza de los niños o de las flores. Pero millones de hombres civilizados se jactan hoy, complacidos, de carecer del menor sentido estético o sentimiento poético o aptitud artística, sin comprender que son así inferiores a los salvajes. Ahora bien, como un cirujano que devuelve la vista, Hudson restaura con sus libros de la naturaleza, la visión

espiritual a las víctimas de la civilización. Como poeta y naturalista presta un nuevo lente a nuestros sentidos.

En el capítulo titulado «Las llanuras de la Patagonia» Hudson nos dió inconscientemente la clave de su superioridad: «Somos los sepulcros vivientes de un pasado muerto... Aquello que verdaderamente ha penetrado en nuestras almas y se ha vuelto parte de nuestra psiquis es nuestro ambiente, esa naturaleza salvaje en la que y para la cual hemos nacido en una época inconcebiblemente remota y que ha hecho de nosotros lo que somos.»

Había acumulado en su alma y estaba en comunicación a través de sus sentimientos con la incommensurable fuente de vida espiritual que anima la naturaleza. El mismo fué una rara mezcla de la más elevada capacidad intelectual con «un oscuro y vigoroso núcleo de naturaleza primitiva listo para lanzar sus llamas a través de la costra civilizada». Su genio, su superioridad sobre sus contemporáneos, reside en la plena percepción de nuestro verdadero parentesco con el infinito mar de la inagotable naturaleza, y en su exquisita respuesta al misterio y a la belleza de sus aspectos multitudinarios. Y mientras sus libros captan y fijan el carácter de las partículas vivientes nos iluminan espiritualmente con esa visión total.

Tres páginas de Guillermo Enrique Hudson

La caja de lata

Un buen día mi hermano mayor anunció que tenía un gran proyecto que proponernos. Había oído, o leído en alguna parte, de una familia compuesta de muchachos que habitaba, como la nuestra, en un lugar agreste y solitario donde no había escuelas, ni maestros, ni periódicos, y que se entretenían redactando ellos mismos una revista que aparecía una vez por semana. Tenían un jarrón azul en la casa sobre un estante y cada muchacho echaba su contribución literaria dentro de él, y uno de ellos—por supuesto el más inteligente—las leía cuidadosamente, elegía las mejores y las copiaba en una gran hoja de papel; ésta era su revista semanal, a la que llamaban *El Jarrón Azul* y todos los de la casa la leían con sumo placer. Mi hermano proponía que nosotros hiciésemos otro tanto; él, naturalmente, redactaría y escribiría la mayor parte; la revista ocuparía dos o quizás cuatro hojas de papel en cuarto, todo escrito con su elegante escritura, como grabado en láminas de cobre, y sería puesta en circulación para que todos la pudiesen leer los sábados. Aceptamos la idea con mucho gusto y como el título nos había encantado, empezamos a buscar un jarrón azul por toda la casa, pero no pudimos encontrar nada parecido, de modo que, por último, tuvimos que contentarnos con una

caja de lata, con tapa de madera, cerradura y llave. Los trabajos literarios debían introducirse por una hendidura que nos había hecho el carpintero, y mi hermano se hizo cargo de la llave. El diario llevaría el nombre de *La Caja de Lata* y recibimos instrucciones cada uno de escribir sobre los sucesos de la semana o sobre cualquier otro asunto que nos hubiese interesado, pero que no tratáramos de hacernos los asnos y escribir sobre lo que no entendíamos. Yo debía escribir algo sobre los pájaros, puesto que no pasaba semana sin que les contase un cuento maravilloso de algún pájaro raro que había visto por primera vez; así que podría escribir mis observaciones y presentar el cuento tan maravilloso como quisiera.

Pusimos manos a la obra inmediatamente con gran entusiasmo, tratando, por primera vez en nuestra vida, de expresar nuestros pensamientos por escrito. Todo marchó bien durante varios días. Entonces nuestro editor nos citó a una reunión para comunicarnos algo muy importante. Primero nos mostró, pero sin permitarnos tocar ni leer una hermosa copia de la revista o una parte, aquella que él había escrito, para que pudiésemos apreciar todo el cuidado con que la estaba haciendo. En seguida nos dijo que no podría dedicarse tanto a la revista y pagar, al mismo tiempo, los gastos de escritorio, papel, etcétera, sin recibir de nosotros una pequeña contribución monetaria semanal. Esta sería de tres o cuatro centavos y no los echaríamos de menos. Todos aceptamos inmediatamente, excepto mi hermanito menor, que tendría unos siete años en aquél entonces. Se le dijo que, en tal caso, no se le permitiría escribir en la revista. «Muy bien—contestó—no escribiré.» Todos nuestros esfuerzos para que no fuese tan porfiado fueron inútiles: no quiso dar ni un solo centavo de su dinero ni tener nada que ver con *La Caja de Lata*. Entonces nuestro editor dió rienda suelta a su enojo y dijo que ya había escrito su editorial, pero que como artículo final escribiría un segundo para pintar con sus verdaderos colores a la persona que había intentado hacer fracasar la revista. Lo exhibiría como el insecto más vil, más despreciable que jamás se hubiera arrastrado por la superficie de la tierra.

En medio de esta furiosa invectiva mi pobre hermanito se echó a llorar. «¡Guarda tus miserables lágrimas para cuando salga la revista—gritó el otro—pues entonces tendrás muy buenas razones para derramarlas! ¡Serás un paria!; todo el mundo te señalará desdeñosamente con el dedo y se admirará de cómo fué posible haber tenido una buena opinión de un sujeto tan mezuquino y despreciable!»

Esto fué más de lo que el pobrecito pudo soportar y, de repente, huyó de la pieza llorando; entonces todos nos reímos y el iracundo editor también se rió, orgulloso del efecto que sus palabras habían producido.

Nuestro hermanito no se juntó con nosotros para jugar esa tarde; se había escondido en alguna parte y observaba los movimientos del enemigo, que, sin duda, estaba ya escribiendo aquel terrible artículo, que empañaría su reputación para todo el resto de su vida.

Habiendo el editor terminado su trabajo salió y, montando a

caballo, se marchó al galope; el pequeñuelo, que vigilaba, salió también de su escondrijo y entrando a hurtadillas en el cuarto donde se guardaba la caja de lata se la llevó a la carpintería. Allí, con un martillo y un cincel, rompió la tapa y sacando todos los papeles los hizo añicos y los desparramó por todas partes.

Quando el hermano mayor volvió a casa y descubrió lo que había sucedido, se puso furioso de rabia y se fué en busca del rebelde que se había atrevido a destruir su trabajo. Pero el chico no se dejaba agarrar tan fácilmente; en el momento oportuno huyó de la tormenta, refugiándose junto a sus padres, pidiéndoles que lo protegieran. Tuvo que hacerse una indagación sobre todo el asunto y ordenaron a nuestro hermano mayor no tocar a su hermanito; que él mismo tenía la culpa de todo lo que había pasado, debido a su disparatado lenguaje, pues el pobrecito lo había tomado en serio; si el chico creía, realmente, que aquel artículo en *La Caja de Lata* iba a tener un efecto tan desastroso para él, ¿quién podría culparlo de haberlo hecho pedazos?

Así acabó *La Caja de Lata*; no se dijo una palabra de empezarla de nuevo y desde aquel día mi hermano nunca aludió al asunto otra vez. Pero años después yo pensé que había sido gran lástima que el proyecto no se realizara. Creo, con la experiencia que he adquirido, que si la revista hubiese durado unas pocas semanas me habría acostumbrado a anotar mis observaciones, sin cuya costumbre la observación más aguda y la memoria más feliz, no bastan para un naturalista. Y así, debido a la destrucción de la cajita de lata, creo que perdí gran parte del resultado de mis seis años de vida en la naturaleza salvaje, porque hasta seis años después de aquella rebeldía de mi hermanito no reconocí la necesidad de tomar nota de todas las cosas interesantes que había visto.

De Far Away and Long Ago.

La invasión inglesa y el juego del pato

Debo declarar de entrada que *El Ombú* es en su mayor parte una historia verídica, aunque los hechos no sucedieron exactamente en el orden descrito. Las incidencias relativas a las invasiones inglesas de Junio y Julio de 1807, las he contado casi como se las oyó al viejo gaucho llamado Nicandro en el relato. Eso fué por el sesenta y tantos. Las notas no fechadas que tomé de mis conversaciones con el viejo, conteniendo numerosas anécdotas de Santos Ugarte y toda la historia de *El Ombú*, fueron escritas, creo, en 1868—el año de la gran polvareda. Tengo ante mí ahora esas viejas notas y su aspecto es realmente extraño, tanto por la escritura como por la clase de papel, así como por la suciedad del mismo, lo que me hace pensar que el viejo manuscrito debió haber estado en la memorable polvareda que terminó, recuerdo, en lluvia, una lluvia que caía en forma de lodo líquido.

Sobrevivían en aquella parte del país otros viejos que en la in-

fancia habían presenciado la marcha del ejército inglés hacia Buenos Aires, y uno de ellos confirmó la historia de las cobijas arrojadas por la tropa y la de las bromas cambiadas entre los nativos y los soldados británicos.

Confieso que cuando releí mis viejos apuntes, tuve algunas dudas sobre la verdad de la historia de las cobijas; pero en las actas del tribunal militar que procesó al teniente general Whitelocke, publicadas en Londres en 1808 encontré referido el incidente. En la página 57 del tomo I se halla la siguiente declaración hecha por el general Gower: «Los hombres, particularmente los de la brigada del general Lumley, estaban muy agotados y el teniente general Whitelocke para permitirles avanzar con cierta rapidez ordenó que todas las cobijas del ejército fueran botadas.»

Nada asevera, sin embargo, en la declaración que las cobijas fueran usadas para reforzar el lecho del río a fin de que pudiera cruzarlo el ejército, ni se menciona tampoco el nombre del río.

Otra cosa hay en la historia del viejo gaucho que puede chocar al lector inglés como muy extraña y casi increíble, y es que a tan pocas millas del ejército del odioso invasor extranjero en su marcha a la Capital, donde reinaba la más grande confusión y se hacía toda clase de preparativos para la defensa, un número considerable de hombres se estuviera entreteniendo con el juego del pato. Para aquellos que están familiarizados con el carácter del gaucho, esto no tiene nada de increíble, porque el gaucho carece, o carecía en absoluto de todo sentimiento de patriotismo y veía en todo gobernante, en toda autoridad, desde la más alta hasta la más baja, a su principal enemigo y el peor de los ladrones, dado que no sólo le robaban sus bienes sino también su libertad.

Nada le importaba que su país fuera tributario de España o de Inglaterra o que la persona designada por alguien allá lejos, gobernador o virrey, tuviera los ojos negros o azules. Al terminar la dominación española se vio que había transferido su odio a las camarillas gobernantes de la llamada República. Cuando los gauchos se adhirieron a Rosas y le ayudaron a escalar el poder, se imaginaron que él era uno de ellos y que les daría aquella absoluta libertad para vivir sus propias vidas a su propio modo, que era su único deseo. Se dieron cuenta de su error cuando ya era demasiado tarde.

Fué Rosas quien suprimió el juego del pato; pero antes de abundar al respecto, será mejor describir el juego. No he dado nunca con una descripción impresa del mismo, aunque ha sido durante mucho tiempo y probablemente hasta alrededor de 1840, el juego al aire libre más popular en las pampas argentinas. Sin duda nació en ellas por que adaptábase admirablemente a los hábitos y a la idiosincrasia de los jinetes de las llanuras; y a diferencia de la mayoría de los juegos al aire libre, conservó la simplicidad y rudeza de su carácter original hasta el fin.

El juego recibía el nombre de pato porque para jugarlo se mataba un pato o un pollo o como era más habitual alguna ave doméstica más grande—pavo, ganso o gallinácea—y se la cosía en un trozo de cuero

fuerte, formando así una pelota irregular dos veces más grande que una de football y provista de cuatro muñones o manijas de cuero retorcido, de tamaño adecuado para ser agarradas por la mano de un hombre. Algo de suma importancia era que la pelota y las manijas estuvieran tan sólidamente hechas que tres o cuatro hombres fuertes pudieran disputarlas hasta derribarse unos a otros sin que nada cediera.

Cuando en alguna parte se resolvía llevar a cabo un partido después de que alguien ofreciera el ave y se fijara el lugar del encuentro, se hacía correr la noticia entre los vecinos; y a la hora acordada todos los hombres y mozos de algunas leguas a la redonda aparecían en el lugar montados en sus mejores caballos. Al presentarse en la cancha el hombre que traía el pato, los otros trataban de alcanzarlo, asediándolo poco a poco hasta arrebatarle la pelota de las manos; el ganador, era a su vez perseguido y al ser asediado producíase a veces un entrevé o lucha como en el football con la diferencia de que los contendientes estaban montados a caballo antes de derribarse unos a otros al suelo. En ocasiones, cuando esto ocurría, un par de jugadores exaltados, furiosos por haber sido lastimados o vencidos sacaban sus cuchillos para ver cuál de ellos tenía razón o para probar cuál era más bravo; pero con pelea o sin ella, alguien se apoderaba del pato y se lo llevaba para ser perseguido a su vez. Leguas de campo recorrían así los jugadores hasta que por fin alguno con más suerte o afortunado con mejor cabalgadura se apoderaba del pato y lograba escaparse, escabulléndose hábilmente entre la gente desparramada por la llanura. Era el ganador y tenía derecho a llevarse el ave a su casa para la cena. Esto era, sin embargo, una mera ficción; el hombre que se había apoderado, del pato se llegaba hasta la casa más cercana, seguido por todos los otros y allí no sólo se cocinaba el pato sino además una enorme cantidad de carne para alimentar a todos los que habían intervenido en el juego.

Mientras se preparaba la cena, se mandaba convidar a las mujeres de las casas vecinas y a su llegada empezaba el baile que seguía toda la noche.

Para los gauchos de aquellas grandes llanuras, apegados al lomo del caballo desde la niñez, casi con la misma espontaneidad del parásito al animal de que se nutre, el pato era el juego de los juegos en su país, tanto como el cricket, el football y el golf juntos para el habitante de las islas británicas. Ningún juego mejor que éste para hombres cuya existencia o cuyo éxito en la vida dependía tanto de su cabalgadura; y cuya mayor gloria era la capacidad de sortear dificultades y cuando ésto era imposible caer con elegancia y como el gato, de pie. La gente de la pampa era muy aficionada a este juego hasta que un día se le metió en la cabeza a un Presidente de la República acabar con él y de un plumazo lo abolió para siempre.

Tenía que ser un hombre fuerte el que se atreviera en este país a abolir un juego al que fuera aficionado el pueblo; y fué seguramente un hombre muy fuerte el que terminó allá con el juego del pato. Si cualquier otro de los hombres que ocuparon la jefatura del Estado

durante los últimos noventa años, hubiese intentado tal cosa habría provocado la burla general y si un decreto tan absurdo hubiese aparecido en las paredes y puertas de las iglesias, tiendas y otros lugares públicos, se habría visto a los gauchos llenarse la boca de agua para escupirla sobre los despreciados avisos. Pero este hombre era algo más que un presidente; era aquel Rosas llamado por sus enemigos «el Nerón de América». Aunque miembro de una distinguida familia por nacimiento, era por vocación un gaucho y desde muy temprano adoptó la vida semibárbara de las llanuras. Distinguíase entre los suyos por su audacia, no vacilaba en arrojarse desde su propio caballo a uno chúcaro, en medio de una tropilla fugitiva contra la que se había lanzado. Tenía toda la nativa ferocidad del gaucho, sus odios salvajes y sus prejuicios; y fué en verdad su íntimo conocimiento de la gente con la cual vivía y su identidad mental con ella lo que le dió su asombrosa influencia y le permitió llevar a cabo sus ambiciosos planes. Mas, ¿por qué cuando consiguió hacerse todopoderoso con la ayuda de aquellos a quienes debía tanto y a quienes estaba ligado por lazos tan íntimos, los privó de su pasatiempo preferido? El motivo, que parecerá casi ridículo, después de lo que he dicho sobre el carácter del hombre, era que consideraba el juego demasiado violento. Verdad que tenía sus ventajas (para él) desde que hacía del hombre de la pampa un jinete hábil, valiente y tenaz, la clase de hombre que más necesitaba para sus campañas; pero por otra parte, el juego inutilizaba a tantos jugadores, y daba lugar a tantas peleas sangrientas y odios feroces entre vecinos, que consideró que era mayor el daño que el provecho.

El país no tenía bastantes hombres para sus necesidades; a veces muchachos de doce y catorce años eran arrancados de los brazos de sus madres llorosas para hacerlos soldados; no podía permitir, pues, que hombres maduros y fuertes se estuvieran hiriendo y matando por entretenimiento. Debían como buenos ciudadanos sacrificar su placer por el bien del país. Y al fin, cuando terminaron sus veinte años de gobierno, cuando la gente fué otra vez libre para seguir sus propias inclinaciones sin temor a las balas ni al acero frío—generalmente era el acero frío en aquellos días—los que entonces practicaron el juego habían sufrido bastantes contrariedades en su vida y ahora sólo deseaban el descanso y la comodidad, mientras que los mozos y los adolescentes que no habían jugado ni visto jugar al pato, no sufrieron nunca su atracción y no deseaban verlo revivido.

De *El Ombú*. Apéndice.

Un viejo recuerdo

No resisto la tentación de evocar un viejo recuerdo, un episodio de mi juventud en las pampas, pues no sólo me parece una historia digna de ser relatada, sino también el mejor ejemplo de cuantos conozco del poder de asociación que puede tener el canto de un pájaro. Esto en ninguna parte se siente mejor que en la soledad del desierto, sobre todo cuando sólo nos rodea una naturaleza salvaje e inculta que despierta en nosotros el animismo latente.

Me hallaba en casa de un gaucho, durante un baile, y al entrar en una pequeña habitación contigua a la gran sala donde el baile estaba en su apogeo, encontré unos doce o catorce hombres, gauchos todos, discutiendo acaloradamente sobre qué clase de vida era más conveniente al hombre: la de la frontera y el desierto o la de los distritos poblados donde hay seguridad y compañía humana. Alguien sostuvo que la vida peligrosa y de aventura en la frontera era la mejor para un hombre, pues le enseñaba a confiar siempre en sí mismo y desarrollaba en él todo el poder y la astucia de que era capaz. Lo hacía ligero para ver el peligro, para huir a tiempo o para castigar antes de ser castigado; estar listo para cualquier emergencia y, sobre todo, para cuidar como es debido a sus caballos. Hacía de él un hombre, un *gaucho*, orgulloso de su destreza y de su energía. El sabor de tal vida lo llenaba más que ninguna otra.

Entonces vino el alegato que tanto me impresionó, de la parte contraria, por boca de un hombre que yo conocía, llamado Bruno López. Era un hombre de edad mediana, jugador y pendenciero y con su pizca de rufián; pero a pesar de sus defectos algo había en él que hacía que la gente lo quisiera. Cuando no le daba por pelear, era muy chacotón y se conquistaba el cariño de todo el mundo.

Dijo que conocía mejor que nadie la vida de la frontera y del desierto, pues se había pasado muchos años allá; en varias ocasiones tuvo que huir de la justicia por algún accidente o desgracia que le había tocado; pero nunca fué feliz en el desierto. Sentíase bastante contento mientras andaba a caballo o tenía algo que hacer desde la mañana hasta la noche; podía soportar el frío, el hambre, la sed y la fatiga como el mejor. Pero cuando terminaba los trabajos del día y se miraba solo bajo el cielo del desierto o en un rancho de las llanuras sin compañía de amigo, mujer o hijo, sentía la soledad. La sentía, sobre todo, al ponerse el sol cuando las sombras se extendían sobre la tierra; de uno y otro lado, hasta donde abarcaba su vista, todo era un desierto de altos pastos sin techo humano ni humo de hogar. En aquel momento, con la puesta del sol, una perdiz grande, silbaba desde los pastos y otra contestaba a su llamado; y luego otra hasta que de todos los confines de la llanura llegaba un eco de respuesta. ¿Qué había en la voz de aquel pájaro que apesadumbraba su corazón hasta el punto de que sentía ganas de arrojarle al suelo y llorar como una mujer? ¿Acaso era porque la voz le decía que estaba solo sobre la tierra?

El pájaro a que se refería el gaucho, era el tinamú bermejo, llamado generalmente, perdiz grande, a causa de su parecido superficial

en forma y color con la perdiz; un pájaro del tamaño de una gallinácea y con una voz muy hermosa; su canto al atardecer se compone de dos notas claras y prolongadas, seguidas de una nota trisilábica o de una frase de tres notas fuertemente acentuada en la primera, con un dejo de contralto humano en el que reside su peculiar belleza. Supongo que era esta característica la que hallaba tanto eco en él y le producía esa desesperación divina hasta las lágrimas. En efecto, sus palabras eran casi las del poeta cuando dice de tales lágrimas: «No sé lo que significan.»

Me impresionó, pues, poéticamente; pero echó a perder el efecto cuando para rematar su relato inclinó la cabeza hacia atrás, y redondeando sus labios intentó imitar el silbo vespertino del pájaro. Fué una falla ridícula que nos hizo reír sin querer. Y es que sus palabras ya habían traído a nuestra mente el recuerdo de esa voz del desierto que nos era familiar a todos, aunque no había ninguna perdiz de esa clase a menos de doscientas millas del poblado donde estábamos pasando la noche. El tinamú de hermosa voz desaparece cuando el ganado y sus dueños acaban con los altos pastos y matan a los pájaros para comérselos en el puchero. Es esencialmente un pájaro de las pampas desiertas y por eso el gaucho que parte a la frontera dice que se va a las llanuras *donde canta la perdiz*.

De *A Hind in Richmond Park*.

Presencia de Hudson

POR

Luis Franco

Tu caballo relinchaba azorando lo más escondido del cielo, sus pasos, como un río, alzaban hasta el horizonte el suelo: y más que a tu poncho, y casi como a nuestras mozas, lo quisiste (igual que yo), y recordándolo treinta años después te ponías triste.

La inmensidad como un pájaro se te asentaba en el anca, tú en cualquier rama, digo rancho. Nunca usabas blanca. Junto a una fogata de guano, sobre una calavera de buey, el alma lisa como el cuchillo y aun más aquí de cualquier ley partiste la sal y la palabra con el gaucho, el hombre, que era duro y tierno a la vez como una semilla: un hombre; el que amancebó a la más hembra de las hembras, la guitarra,

*y apresaba tierra con su alma, no con su garra,
y llevaba el sol en sus venas, no como nosotros,
y nunca obligó a su alma a encorvarse ante los otros.*

*Gaucha fuiste, no estanciero; sólo tu corazón,
pero todo, afincaste en lo más nuestro y te hiciste su patrón;
como un fruto resume todo el sol y el rocío de un verano
así tu arte resume nuestra tierra, hermano;
tierra que sale a la luz, como tu daga de su vaina, cabal,
tierra empapada de cielo como la mar de sal,
(aun pusiste tu alma en leguas amargas, más que el Mar Muerto,
y acampaste con las dunas extraviadas en el desierto).
Pampa, en cuyo perfil se quedan los otros haciendo mañas:
tú, por el enredo de sus huellas, llegaste al de sus entrañas.
Cuando pasabas el árbol te echaba su brazo al hombro;
cualquier insecto te nombraba mejor de lo que yo te nombro;
como brotados de tus yemas mirabas a cada uno de nuestros
yuyos;*

*los altos ríos de pájaros eran afluentes tuyos.
(Nuestros pájaros están menos en los árboles y en el día
que en los ramajes sin otoño de tu poesía.)*

*Aunque, a veces, como golpe de viento sobre el río,
el misterio te asestó en la espalda su escalofrío,
humeabas tú el secreto de las más púdicas maravillas:
la Naturaleza parecía a ratos sentada en tus rodillas.
Ella te confió, de juro, cómo encabeza la lista
de sus críos descarriados con el hijo onanista
(el que inventó los chupetes y los bombones
y los serafines y repugnó sus divinos pezones),
y que Pensamiento es Naturaleza con labios de hombre o mujer
y el corazón de las estrellas late en nuestra angustia y nuestro
placer.*

*Sufriste mucho, mas el dolor mostró a tu alma su alta huella
al modo que la sombra da pedestal a la estrella.
Y como suele embarcarse el día en las últimas nubes que van
al poniente,
te embarcaste una tarde, pero entre nosotros sigues presente.*

Portales a los cien años de su muerte

POR

Januario Espinosa

Una extensa biografía novelada y un buen número de artículos, han servido para conmemorar el centenario de un motín y de un crimen resonante. Cien años han corrido sobre la muerte del célebre Ministro, y es mucha la tinta que se ha gastado para darnos una idea de su persona y de sus hechos. Vastos libros han encuadrado su figura, se le ha contemplado desde opuestos ángulos y puede decirse que a cada instante es motivo de una nueva controversia.

Cabe ahora preguntar, cumplido un siglo: ¿tanta literatura nos ha dado un certero conocimiento de Portales? «¡No!» deberemos responder rotundamente, si queremos ser justos. El terrible factotum de Prieto continúa siendo un misterio para nosotros, pues no sabemos si era el sombrío dictador que surge de Lastarria, o el austero estadista, salvador de la República, que nos exalta don Carlos Walker Martínez. Nuestra duda se balancea entre dos extremos, y, en definitiva, quedamos tan a oscuras como antes.

Todo viene de que esta descolante figura histórica ha sido iluminada sólo por dos luces simples: la azul de la simpatía o la roja del odio, y quienes pretendieron colocarse en el término medio, se vieron, sin querer, arrastrados por la una o la otra corriente, especie de iones a merced del anodo o del cátodo. El más meritorio trabajo, y también el más profundo, ha sido, indudablemente, el de don Francisco A. Encina. Discípulo de Macaulay, confió más en su intuición que en el documento, esto es, prescindió de la razón fría para atender más a las revelaciones del inconsciente. Y llegó a la conclusión conocida: Portales fué un gobernante genial, por el estilo de Bismarck, el modelo que preconiza Spengler.

Veamos hasta qué punto semejante afirmación contiene un sólido cimiento. No hay duda que la actuación de Portales a la cabeza del gobierno fué eficaz y oportuna; llegó para poner en orden lo que parecía no tener remedio; sería imposible negar que salvó de la anarquía a la naciente República y la indilgó por un camino que la puso en condiciones superiores, en cuanto a tranquilidad y cordura, con respecto a sus hermanas de Latino-América. Para realizar esta obra, mostró una voluntad dura: iba hacia donde quería, ajeno a consejos, reacio a consideraciones particulares, porque entendía que todo debería subordinarse al interés público. Una voluntad que no se doblega es, indiscutiblemente, una de las cualidades, tal vez la principal, que debe poseer un director de pueblos. Pero, ¿existían en Portales las otras? Precisa la rigidez cuando es menester combatir el desorden, de encarrilar a un Estado que perdió la línea; pero resulta contraproducente extremar los rigores. Fué excesivo el castigo impuesto en Valparaíso al norteamericano Paddock, que había cometido un doble crimen en un momento de locura; hubo inhumanidad y no suficiente justificación en el triple fusilamiento de Curicó. Se nos responderá que

todos los dictadores caen en estos excesos; la represión ruda lleva naturalmente a la injusticia. Bien; pero para ejercer el mando sin control le faltan a don Diego otras condiciones muy necesarias: la sagacidad y un mejor conocimiento de los hombres. Esto precisamente fué la causa de su temprana pérdida: confió en Vidaurre, despreciando las advertencias que le hicieron en su contra, e interpretando mal su conducta. También depositó su fe en Irisarri, en el que se juntaban el desequilibrio a una ambición que no se detiene en medios. En cuanto a su vida privada, muchos datos indican que no podía ser señalada como un modelo: queremos decir que era un amante de las franquichelas y un Don Juan muy poco distinto al creado por la leyenda y el arte. En sus cartas se pone de realce un lenguaje arrabalero, lo que alumbra mucho de su índole. Por el contrario, en el manejo de los fondos ajenos nada podría reprochársele: sobre su honradez no podría caber duda. Antes de sus actividades públicas, tuvo a su cargo el estanco del tabaco, pero ello no le sirvió para mejorar su situación económica, lo que indica que no se aprovechó torcidamente de ese privilegio. Ni puede suponerse que fué al poder guiado por una ambición bastarda. Hay mayores antecedentes para asegurar que estaba allí contra su gusto. Le entregaron el timón de una nave al gareté, y triunfó porque tenía la vocación del mando: un carácter de hierro, que no admite discusiones ni subterfugios. En suma, podría establecerse que don Diego era un hombre de buenas y de malas cualidades... ¡como todos! porque el hombre perfecto no existe; sólo que las primeras no fueron suficientes para completar un estadista. No habría servido para Ministro en un gobierno parlamentario, porque su rígido temperamento no se habría avenido a enjuagues o componendas; y para ser un dictador le faltaron la astucia y la desconfianza. Un gobernante con la mano que apriete se halla naturalmente rodeado de enemigos: la cautela no debe abandonarlo nunca; y don Diego al ir solo a Quillota cometió un error trágico.

Lo que alcanzó a realizar es, indiscutiblemente, digno de elogios por sus consecuencias: la estabilidad de la República. ¿Pero es suficiente para que se le endiose, y se le rodee de una atmósfera romántica hasta en su vida privada? No. Nuestra curiosidad, el ansia de conocer, nos empuja a querer ver en él al hombre, que siempre es barro mezclado a un poco de cielo, o al revés. En unos el barro predomina, la luz en otros. Y si aquel Ministro extraordinario fué un genio, como lo quiere don Francisco A. Encina, es ésta una razón más para que deseemos penetrar en los resquicios más ocultos de su vida y de su idiosincrasia: ver al genio en su grandeza y también en sus debilidades. Esperamos, pues, el libro que nos entregue en Portales al hombre.

Iconografía literaria chilena

POR

Norberto Pinilla

La persona que desee estudiar el desarrollo y la evolución de la literatura chilena, se halla frente a muchísimas dificultades. Y los escollos se multiplican mientras más es el tiempo transcurrido. No quiero, sin embargo, significar que sea fácil la tarea de apreciar a los escritores vivos. Mucha razón tuvo Marcelino Menéndez y Pelayo —el más fecundo y valioso de los historiógrafos literarios de la España de fines del pasado siglo y de comienzos del presente— para no estudiar a sus contemporáneos, sino en rarísimas oportunidades.

Las fuentes para componer una historia de la literatura chilena, no son numerosas. Hay libros de la Colonia y de la pasada centuria que no se pueden consultar, porque están agotados. Las reediciones, además, son escasas. El hombre actual vive aquejado de ansia de novedades de todo linaje. Por modo que el negocio de la reproducción de libros nacionales antiguos, no tienta a los editores del país.

A este inconveniente hay que agregar todavía el capítulo de las obras inéditas. En este sentido es inmenso el servicio que la Universidad de Chile, por intermedio de la Sección de Filología de sus *Anales* presta a la historiografía literaria chilena. En efecto, en el último cuaderno ha iniciado la publicación de «El Vasauro» de Pedro de Oña, comentada por el Dr. Rodolfo Oroz. Es la primera edición de la obra mencionada. De modo que los estudiosos no tendrán que hacer molestas consultas en los originales. Pero en este sector queda bastante por hacer. Es sólo comienzo fervoroso de la Oroz. Pueda ser que tenga entusiastas continuadores.

En cuanto a la bibliografía literaria chilena, el problema está resuelto en considerable porción. El trabajo de Nicolás Anrique R. acerca del teatro y el de L. Ignacio Silva A. sobre la novela son textos útiles. Las publicaciones bibliográficas de Raúl Silva Castro son, asimismo, de mucha utilidad por lo prolijo y lo fiel de sus datos. Por último, es justo recordar a Omer Emeth, quien, en la *Revista de Bibliografía*, contribuyó en forma ejemplar a esta ingrata y poco lucida clase de publicaciones. De manera que en lo referente a informaciones de tal índole, no hay escasez para el estudio.

Pero en el aspecto en el cual no hay nada orgánico, es en iconografía literaria chilena. La pobreza a este propósito no tiene adecuada comparación con ninguna miseria. Es verdad, sin embargo, que esta rama de la información literaria es poco antigua en los centros académicos europeos. De todos modos, es conveniente iniciar en Chile las indagaciones en tal sentido.

La iconografía literaria es, como lo indica su nombre, la presentación de retratos de escritores con noticias descriptivas de su labor.

Por el estudio de las imágenes se puede llegar a valiosas interpretaciones psicológicas. Uno de los cursillos más novedosos e importantes que he oído, en la Casa Universitaria, fué el que estuvo a cargo

del profesor y crítico español Enrique Diez Canedo. Pues bien: desde esa oportunidad aprecio el valor de viva información que es la iconografía literaria.

¿Cómo fueron los rostros de Mercedes Marín del Solar, Salvador Sanfuentes, Hermógenes de Irisarri, Guillermo Matta, Guillermo Blest Gana, Valentín Magallanes, Enrique del Solar, Rodolfo Vergara Antúnez, por ejemplo, y para no citar sino a unos cuantos escritores nacionales del pasado siglo? Y en la presente centuria ¿cómo fueron las fisonomías de Pablo Garriga, Abelardo Valera, Gustavo Valledor Sánchez, Luis Felipe Contardo, Alejandro Venegas, Eliodoro Astorquiza, Romeo Murga, Armando Ulloa?

La iconografía literaria, además de ilustrar, provoca el buen apetito de la lectura. Por modo que quien inicie un estudio de tal índole, será un benefactor de las letras artísticas nacionales. Es necesario que el chileno conozca a sus escritores, que los lea, que los estimule.

Existe un doloroso divorcio entre el pueblo de Chile y sus escritores. Es preciso que parejo fenómeno de desvinculación termine para bien de todos. ¿No es, acaso, en los libros donde vibran los ideales de una nación?

Pero no sólo ha de ser el fin utilitario el que guía a los iconografistas del futuro, sino ese afán de servir desinteresadamente a las generaciones que vendrán. La vida es una seria responsabilidad. No cumplen con la existencia quienes dibujan en el agua.

El escritor como profeta

POR

Benjamín Subercaseaux

No creo que exista una palabra más desacreditada que la de profeta. Desde luego que nos entendemos difícilmente sobre su significado. Hay quienes ven en el profeta un augur, un anunciador del futuro: los hombres tienen la manía de interesarse más en lo sobrenatural-maravilloso que en las realidades cotidianas de la vida a la que juzgan como un lector novicio juzga una novela; prefiere saber «cómo termina», en vez de apreciar el estilo o las ideas. Es verdad que los profetas... profetizan — ¡Qué le vamos a hacer! —, pero la Vieja Biblia está conmigo para demostrarnos cómo sus profetas, que interesan a pocos con sus vaticinios, han dejado en cambio ideas, mensajes, en una palabra, un aporte propio que es una de las joyas literarias e ideológicas más preciadas de la antigüedad.

Pensando en estos Mensajeros del Espíritu y estudiando su posición moral, religiosa y hasta social y política — como en el caso de Amós e Isaías — he creído oportuno recordarnos, a nosotros los intelectuales, lo que debemos

entender por una «Misión espiritual». Se habla mucho del «oficio» del escritor; me gustaría ir más allá y estudiar lo que debemos entender por «su misión».

Por de pronto la palabra espiritual a fuerza de repetirse ha llegado a perder los relieves de su cuño primitivo. Se dice que un hombre es espiritual cuando es un artista, un intelectual o simplemente, cuando no come carne y que a fuerza de engullir vegetales, pierde algunos kilos de peso y con ellos, el dinero que gastó en acumularlos. Es así que se ha hecho corriente la expresión: el Escritor es un hombre del Espíritu y nos preguntamos en qué consiste su «espiritualidad» cuando en la realidad cotidiana lo vemos mezquino, ajeno a toda escuela moral, interesado como el que más en medrar económicamente, sin poseer siquiera una visión propia de la vida, del devenir del hombre; embutido hasta los ojos en algún fanatismo político, religioso o, simplemente, de casta.

Me ha parecido útil, por de pronto para mí que no pretendo constituir la excepción, revisar, como lo he venido haciendo en el estudio sobre «Las Dificultades del Escritor», la posición que nos corresponde como enviados del Espíritu. Hay un grave descenso en este sentido, una degradación de la energía espiritual que reconoce orígenes diversos, encaminados todos a transformar al escritor en un artesano mínimo. Veo con horror el día en que los hombres del futuro, mirando hacia ese pasado que es nuestro presente, descubran en esta época, la era decadente de los hombres más fatuos, más majaderos y más desprovistos de toda credencial del espíritu que hayan existido jamás. Sin embargo, nunca se vió tampoco en la historia del espíritu, orientaciones más interesantes, problemas más novedosos y revelaciones más sensoriales. Tanto la técnica literaria como las nuevas formas de sensibilidad aportaron elementos que podrían haber hecho del escritor, el hombre-jefe por excelencia, el profeta del espíritu, siempre que hubiera logrado ser «El hombre que trae su mensaje».

Pero ocurre que los escritores de hoy nos movemos dentro de una riqueza excesiva. Y ha de comprender el lector que no es a la económica que me refiero, ya que son muchos los intelectuales — no lo ignoro — que adolecen de una miseria crónica. Al hablar de riqueza pienso en el tremendo aporte ideológico y confuso de un siglo en que los hombres se han puesto a escribir con razón o sin ella, presas de un vértigo espiritual que ha terminado por anonadar al espíritu. Observemos el aumento de las publicaciones, escuelas, sectas, corrientes ideológicas, partidos políticos, credos sociales, descubrimientos científicos que nos invaden por todos lados. La personalidad se aferra aquí y allá; se apodera de las hipótesis y las rechaza a medio digerir; quiere concentrarse y los imprevisos la asedian; se ve bombardeada de teorías que la impiden ver claramente dentro de ella misma. Podría decirse que el hombre actual sólo puede manifestar su personalidad por la forma que ha elegido para defenderse. Ya no somos personales por lo que pensamos ni por lo que creamos ni por nuestra interpretación del mundo y de la vida sino por la actitud de auto-defensa que asumimos en este maremagnum.

Tenemos un ejemplo: la lectura ¿Quién de nosotros puede decir que lee? Me atrevo a contestar: nadie. Leer es coger un libro y nó cualquier libro: el libro que agrega el eslabón indispensable a nuestra cadena cultural; luego, apropiárselo lentamente, tomando notas, cotejándolo con nuestra

experiencia, aprendiendo, es decir, creyendo primeramente en la posibilidad de que su autor sea un hombre, alguien que responda verdaderamente a la experiencia contenida en la obra.

Ahora bien, yo no sé si debo alegrarme u ocultar mi pecado, pero son numerosas las obras que leo para «estar al día» sin que pueda decir que me inspiran la menor ilusión de que hayan sido escritas en serio y que de ellas pueda retirar el fruto de la experiencia acumulada por un hombre de verdad.

¡Ah, qué hermosos eran los tiempos en que existía el hombre del libro único! Única su creación máxima, único el libro de su lectura: un Quijote, una Biblia o un Shakespeare, lo mismo dá; en todos los casos un alimento siempre nuevo y siempre viejo que fortalecía en él lo propiamente humano de aquel otro aporte: el de su experiencia y de las realidades de la vida. Hoy no sabemos el significado de estas palabras. Hay demasiada experiencia ajena que, a su vez, no es experiencia porque fué bebida en otras fuentes, artificiales y librescas, que nunca tuvieron un verdadero contacto con la realidad. Ya no sabemos distinguir los diversos sabores del pan porque no lo comemos o porque sólo nos alimentamos de tortas. Hay demasiada riqueza en torno al escritor y como en todas las riquezas, se ha producido una gran miseria interior. La falta de mensaje es una de las formas de esta miseria.

¿Qué es el mensaje? Se ha dicho que es un aporte nuevo, contribución del autor al tesoro literario de la humanidad. Me parece que es algo más: un peldaño de la ascensión humana hacia el Espíritu; una sacudida de la experiencia que nos permite liberarnos de una parte de nuestro pelaje animal. El mensaje, para merecer tal nombre ha debido ser vivido primeramente. Concebirlo, ha pasado a identificarse con la lucha, el dolor, el placer, sobre todo, el sacrificio voluntario de ese sacerdote del espíritu que debe ser el escritor. Y no confundamos estos aportes con los que podrían proporcionarnos los creadores de nuevas Escuelas, de nuevas formas de expresión, etc. El mensaje es, ante todo, una interpretación de la vida, un plan de creación, nó una mera fórmula, una hipótesis, un juego del espíritu que no se dignó «hacerse carne».

A este propósito, recordamos que el mensaje debe enfrentar dos enemigos terribles. Al primero nos hemos dado en llamarlo «el problema de la reserva en oro del escritor». El otro nos parecerá más extraño y equívoco; lo hemos titulado: el problema «del escritor interesado».

¿A qué corresponde esta reserva en oro del escritor?

Más fácil sería describir a aquellos que carecen de ella. Decíamos en el Prólogo de Zoé (pág. 12): «Son éstos, hombres ante todo ociosos... viven sin vivir; viven como no deberían vivir, y su paso sobre la tierra no deja huellas, a menos que hayan alcanzado la celebridad (Tú sabes también lo que pienso de esta palabra; pero sería muy largo volvértelo a decir). Ordinariamente no actúan con provecho porque no creen lo que dicen, o porque ignoran lo que deberían saber, y molestan a la humanidad como un maniático que, en el tumulto de una ciudad moderna, instala sus reales en un banco de plaza para explicarnos a gritos las siete llaves con que ha logrado descifrar el libro de Daniel... Aquello que valdría la pena saber, no lo saben ellos más que nosotros, ni que tú ni que yo ni que el último patán.»

Hay ciertas formas de arte que no exigen en sus cultores una posición

moral determinada. Sus obras tienen privilegios de exterioridad que la sustraen en cierta forma al creador; la arquitectura, por ejemplo, o el arte decorativo. No tanto la escultura y la pintura. En literatura es esencial; aquí se trata del hombre, que, no sólo escribe sino también, piensa; piensa lo que va a escribir y escribe para expresar lo que ha pensado. Escribir es, en cierta manera, secundario al pensar. Tanto es así que hombres del espíritu como Sócrates y Jesús, jamás escribieron nada. No podríamos quedar tan satisfechos con hombres que nos hablaran de sus buenos pensamientos e intenciones para esculpir una bella estatua que no esculpieron. El escritor —ya lo hemos dicho— es y debe ser simultáneamente pensador. En el Capítulo III del citado libro, decíamos: «Sancho... en mi manera de ver las cosas, un escritor merece tal nombre—dejando de lado la técnica—en el caso único de ser a la vez un pensador. Observarás que no se podría escribir sin pensar, pero yo te digo que no basta pensar si no se toma en serio lo que se piensa y no se cree en lo que se dice. La excusa del escritor, como te lo decía en el prólogo, está en esa rehabilitación de la experiencia que se vive y se piensa con una veracidad que acredita una buena fe a toda prueba, aunque ella esté en el error.»

Hemos olvidado un tanto estas verdades y debemos confesar que las nuevas ideologías se han empeñado en hacerlas desaparecer. Se habla del obrero «intelectual». Como imagen, podría admitirse; como realidad es un desatino. Este afán de sindicarse las actividades humanas en operarios y obreros ha obligado al hombre del espíritu a revestirse de un «overall» que no le va ni le viene. El obrero tiene relaciones de competencia con su obra, nó relaciones morales. Si un albañil o un carpintero son «maestros» en su arte, poco importa su probidad o su temperancia. En las cosas del espíritu, la obra ES el hombre, con toda su riqueza... o su pobreza interior. El no es obrero sino profeta; no produce sino se reproduce. Es preciso que haya en él algo notable, cierto pasado de lucha, cierta aventura del espíritu. Y que no se diga que han existido genios borrachos y perversos. No, la miseria humana no es baldón si la vida del que la sufre ha sido una lucha desesperada para librarse de las trabas que aprisionaban su espíritu. Verlaine fué un niño inocente, apasionado; un alma adolorida que llegó a la muerte «comme á une pueur terrible et fatale». No habría podido decirse de él que no poseía «su reserva en oro». Fué un mensajero del espíritu, pese a su miseria, más hermoso mientras más pobre y quebrantado. El mismo Rimbaud, con sus debilidades «demoníacas» «vertió más lágrimas de las que Dios pudo exigir jamás» (Les déserts de l'amour).

Algún escritor de hoy podría sonreír ante estos ejemplos románticos. El no es demoníaco ni borracho ni vicioso. Me recuerda a esta juventud de la post-guerra que no hace nada malo... ni nada bueno. Antes el escritor despedía un fluido que lo rodeaba de una aureola; se deseaba conocerlo, sentir su influencia sencilla pero ardientemente espiritual. Hoy nos resulta pobre, mezquino; en ocasiones, inferior al hombre de la calle. Lo evitamos... en defensa de su propia obra. Y no juzgemos estas observaciones como meras apariencias producidas por un nuevo estado de cosas; por una civilización más avanzada; por las nuevas costumbres. Las reuniones de escritores—aun los europeos; sobre todo los europeos—, sus congresos, sus rivalidades, ponen muy en claro lo que venimos diciendo: SU

FALTA DE ESPIRITUALIDAD. En ocasiones, ellos mismos experimentan un pudor de ANGELES CAIDOS QUE SE RECUERDAN DEL CIELO y protestan en nombre de la «dignidad del escritor». Bien por ellos. Pero hay más.

Decíamos más arriba que el segundo enemigo del «mensaje» es el escritor interesado. Esto merece una explicación porque el término se presta a malentendidos. Desde luego no nos referimos al interés económico. El escritor tiene derecho a la vida como el que más. Por otra parte, no me parece lógico seguir llamando escritor a quien escribe con el sólo fin de enriquecerse. Al hablar del escritor interesado, nos referimos a los que militan en esas facciones del espíritu que llamamos religión, partido o secta. El «mensaje» a que aludimos, viene del hombre individual; es su hallazgo, su aporte. No se fabrican los profetas, ni se puede ser profeta por cuenta de nadie, como no sea de Dios. En nuestros días los hombres del espíritu forman un «Arma» dentro del gran ejército de las ideologías, un arma al servicio de una causa. Al lado de la artillería de la prensa, de la aviación de los agitadores, de la infantería de las masas, vecinos a la caballería ligera de los volantes, viene esta sección de comunicaciones intelectual. No digo que algunos no piensen de acuerdo con la causa que defienden. No niego su sinceridad, sea ésta nacistá, comunista o atea (todas son religiones...). Pero es el caso que no nos importa aquí la sinceridad sino la independencia. Un hombre puede ser muy sincero y muy enfermo; son fenómenos de índole diversa. El hombre del espíritu—ya lo dijimos—necesita otro campo: su plan de creación interior. Deben ser las masas quienes reciban sus conclusiones, no él quien acepte los dictados de las masas. No se piensa con mil cerebros sino con uno solo, con el propio, bien limpio de toda escoria política, claros los ojos sobre las realidades de la vida, abierto el corazón para recibir el soplo animador del Espíritu. A nada de esto podría pretender el escritor que se ata de pies y manos a la disciplina férrea de las corrientes sociales. Los nacistas al perseguir a los intelectuales lo comprendieron antes y mejor que los comunistas. Ellos no han tenido que sufrir el descalabro de un «Retour de l'U.R.S.S.»...

Hay otro aspecto de este enemigo del «mensaje», otra forma de «escritor interesado» (esta vez apolítica) que si bien podría considerarse más legítima dentro de los conceptos del Arte, no es menos peligrosa para el aporte espiritual del escritor. Me refiero al problema de la forma, del «Arte por el Arte».

Es cierto que hubo una época—emparentada en cierta forma con la que acabamos de estudiar—en que el arte era la academia de la moral y de las buenas costumbres. Se escribía con un espíritu de Apostolado de la Buena Prensa, muy legítimo en sus fines, pero fatal para la producción artística. De allí esta reacción del Arte por el Arte.

Jamás los hombres han reaccionado contra algo sin caer en el extremo opuesto. Por librarse de ser una cátedra de moral, el Arte se transformó—no en una cátedra de la inmoralidad, como diría un fraile español—pero sí, en una actividad al margen de la moral, y en consecuencia, al margen de un aspecto importantísimo de la vida. Advértase que no estoy abogando por un puritanismo en el Arte. Las escenas crudas y hasta inmorales,

en la Novela y el Cuento, y las ideas atrevidas en el Ensayo, son fecundas e indispensables. No pretendo fomentar una literatura para señoritas ni «menores de quince años», pero sí, una literatura que, sin alejarse de las realidades de la vida, traduzca y exprese un deseo de superación moral del escritor; que se ingenie para que estos esfuerzos sean su principal aporte a la obra, y por fin, que exista en él un sentimiento humano de amorosa fraternidad, para que sus experiencias lleguen a ser la de muchos. (1)

Esta ausencia de una «persona moral» que garantice la calidad de las obras, se manifiesta en dos aspectos que vamos a tratar someramente: el arte formal y el arte realista.

Seríamos unos tremendos majaderos si afirmáramos que toda obra literaria debe llevar su correspondiente lección moral. Sería arrastrarla por los cabellos querer injertársela al paisaje, a ciertos aspectos de la poesía o a la descripción. Hay géneros literarios que tienen su mérito en ser exclusivamente formales.

No así la inversa. Un arte puramente formal nos lleva lentamente al desinterés y al desprecio por ese autor espectacular, por esa profesión de vedette, verdadera cortesana del espíritu que no vale el papel y la tinta que consume. Hay ciertos hombres de trabajo, rudos pioneros de la actividad y del músculo que se encogen de hombros cuando se les habla de escritores. Aquello les parece indigno, poco viril, algo así como un hombre haciendo encaje al croché. Les encuentro toda la razón si ellos han visto sólo a los artistas de la forma, desprovistos de mensaje.

Otro tanto ocurre con el arte realista. Nunca he entendido bien lo que se ha querido expresar con estas palabras: arte realista. ¿Se refieren a la pintura de personajes y caracteres tal como se les encuentra en la realidad, sin anacronismo, fantasmas ni agregados? Desde luego, reconozco lo insípido y absurdo de un arte que, a fuerza de fantasía, pierde toda realidad y calor humanos. En Arte, y sobre todo en la Novela, es preciso darse un baño de realidad, comprenderla, amarla en sí, si queremos hacer obra perdurable. A pesar de lo dicho, apelo a la buena fe y sinceridad de los escritores para que me digan si han encontrado alguna vez un personaje que merezca el honor de una novela. Nada hay más grande que los valores humanos, pero

(1) Estas cualidades se advierten en los países profundamente democráticos, ajenos a toda moral burguesa. Recuerdo a este propósito, una discusión con cierto moralista ortodoxo, para quien las películas americanas eran el producto directo del demonio, origen y estímulo de cuanta inmoralidad nos presenta el mundo actual. No sé si logré convencerlo (a los fanáticos no les interesa ser convencidos), haciéndole ver el profundo deseo de superación que encierra cada film sajón; cómo la parte de sana moral que encierra en su mensaje nos hace salir de la sala reconfortados, con una idea más alta del mundo y de nuestras posibilidades: en una palabra, más nobles. No así en las películas españolas o francesas. Hay en ellas algo espeso e informe, angustia, pasión malsana, y en el mejor de los casos, heroísmo espectacular; otra forma de pasión malsana. Cuando logran alcanzar cierta altura sentimental, ésta proviene de recursos pseudo-artísticos que, frente a la moral de buena ley, aparece como una simple masturbación sensitiva cuyas trazas se borran a la salida del teatro.

éstos rara vez se concentran en un tipo determinado. El hombre, considerado individualmente, es lo menos humano que darse pueda. El mal, la fealdad, aun la «belleza de la fealdad» es imposible trasladarla a nuestras obras sin hacerle sufrir antes una metamorfosis profunda. Esto, en el mejor de los casos; ahora, entre los nuestros, la selección se hace más difícil por la carencia de sentimientos que manifiesta el pueblo. No los tienen ni en forma primitiva: no los tienen, simplemente. Cuando he debido crear un personaje popular, he conseguido—así me lo han dicho, al menos,— que se le sienta «muy chileno» y que no desentone en el ambiente. La verdad es que lo he creado «de toutes pièces» porque en la realidad no lo ví jamás. Si el escritor traduce la vida en un arte estrictamente realista, no hace sino acumular más miseria y fealdad de la que ya se ve en el mundo. Mientras peor sea la humanidad más negativo será también su aporte realista, vacío de todo mensaje. Algo de esto vemos en la novela de nuestros días, desprovista en su mayor parte de elevación moral y con una baja de miras que la hace más monótona que la vida misma. Si hemos de llegar a estos extremos cabe preguntarnos, nosotros los escritores, ¿qué hemos venido a hacer aquí en este pícaro mundo? ¿A contribuir con nuestra miseria a la miseria humana que ya no admite colaborador? ¿Hemos venido para apoyarnos en las heridas y que éstas sangren más? ¿O bien, somos los histriones de lo forma y del pasatiempo de los ociosos? Si fuera así, bienvenido el «obrero intelectual» que forja el arado fecundo o la bala homicida. Si no, reflexionemos un poco en la misión excelsa de belleza y de bondad que hemos venido a traer a la tierra. Pensemos sin temor que somos profetas, y como ellos, procuremos ser más dignos de la majestad del pensamiento. Por de pronto, que se manifieste en nuestras vidas y en nuestras relaciones con los demás, esa actitud iluminada, propia de los que realmente poseen el Espíritu: la actitud del amor. Siempre se ha amado lo bello, y no se concebiría la profesión de belleza sin la profesión del amor. Ya lo dijo Pablo en su primera carta a los Corintios (Capítulo 13): «Aun cuando tuviera el don de la profecía y que conociera todos los misterios y que poseyera toda la ciencia; aun cuando tuviera toda la fe y que esta fuera capaz de transportar los montes, si no tengo amor, nada soy. Aun cuando distribuyera todos mis bienes para alimento de los pobres y entregara mi cuerpo para ser quemado, si no tengo amor, aquello de nada sirve.

«El amor es paciente, es bueno; el amor no es envidioso, el amor no es desconsiderado, no se hincha de orgullo; no hace nada inconveniente, no busca su propio interés, no se irrita, no guarda rencor al mal; no toma placer en la injusticia, pero se alegra en la verdad; él todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.»

«HORA DE ESPAÑA»

El último número de esta Revista, el más interesante, sin duda, de los ocho que han aparecido hasta ahora, está dedicado por entero al II Congreso Internacional de escritores realizado en Valencia. Se abre con una nota muy fina de Corpus Barga sobre su significación, en la que el conocido periodista madrileño, después de recordar el Congreso anterior de París y a su más alto representante, señala que la conclusión natural de este otro Congreso lo constituye el acuerdo de hacer un llamamiento para la defensa de la cultura partiendo de las realidades que en tal defensa han visto los congresistas en España. El llamamiento lo redactará André Malraux.

HORA DE ESPAÑA ofrece, entre tanto, el texto íntegro de los discursos leídos por Antonio Machado, Martín Andersen Nexø, Julián Benda, Anna Seghers, José Bergamín, Malcolm Cooley, Claude Aveline, Jef Last, Nordahl Grieg, André Chamson, Stephen Spender, Juan Marinello y algunos otros, en nombre de sus respectivos países.

Entre estos discursos se destaca en primer término el de Antonio Machado sobre el poeta y el pueblo, que contiene el siguiente párrafo:

«Entre españoles, lo esencial humano se encuentra con la mayor pureza y el más acusado relieve en el alma popular. Yo no sé si puede decirse lo mismo de otros países. Mi folklore no ha traspuesto las fronteras de mi patria. Pero me atrevo a asegurar, que en España, el prejuicio aristocrático, el de escribir exclusivamente para los mejores, puede aceptarse y aun convertirse en norma literaria, sólo con esta advertencia: la aristocracia española está en el pueblo, escribiendo para el pueblo se escribe para los mejores. Si quisiéramos, piadosamente, no excluir del goce de una literatura popular a las llamadas clases altas, tendríamos que rebajar el nivel humano y la categoría estética de las obras que hizo suyas el pueblo y entreverarlas con frivolidades y pedanterías. De un modo más o menos consciente, es ésto lo que muchas veces hicieron nuestros clásicos. Todo cuanto hay de superfluo en El Quijote no proviene de concesiones hechas al gusto popular, o como se decía entonces a la necesidad del vulgo, sino por el contrario, a la perversión estética de la corte. Alguien ha dicho con frase desmesurada, inaceptable ad pedem litterae, pero con profundo sentido de verdad: en nuestra gran literatura todo lo que no es folklore es pedantería.»

Julián Benda que considera su presencia en el Congreso un deber profesional, aclara el equívoco creado en torno al título de su famoso libro: La trahison des clercs. He aquí algunas de sus palabras:

«Pues bien; yo digo que el intelectual está encuadrado perfectamente en su papel cuando sale de su torre de marfil para defender los derechos de la justicia contra la barbarie y que, si efectivamente no tiene nada que ver con las tareas bastante miserables, denominadas corrientemente «hacer política», Spinoza no faltó en modo alguno a su misión de gran intelectual, cuando salió de su celda en que componía su «Ética», para inscribir sobre las puertas de los asesinos de los hermanos Witt, con peligro de su vida: «Ultimi barbarorum»; nuestro gran novelista Emilio Zola, durante el asunto

Dreyfus, no traicionó tampoco su estado de «clerc» al arrojar su famoso «Yo acuso» al rostro de las aves de rapiña.»

El discurso de Bergamin recuerda las más brillantes páginas de Unamuno con sus distinguidos sutiles entre cuestion y problema, soledad y aislamiento, quirotismo y robinsonismo.

Ilya Ehrenburg que se encuentra en España desde el comienzo de la tragedia relata en forma dramática su propia experiencia de escritor y propone una acción de ofensiva al Congreso, siguiendo el ejemplo miliciano:

«Defendiendo la cultura—dice—se puede llegar solamente a perderla. La ofensiva, esta palabra llena ahora España. Que entre también en esta sala. Hay un solo medio de defender la cultura: exterminar el fascismo. Hemos entrado en la época de acción; ¿quién sabe si serán terminados los libros concebidos por muchos de nosotros? Durante años, si no es por docenas de años, la cultura estará en los campos de combate. Puede ocultarse en los refugios; allí, más pronto o más tarde será atrapada por la muerte. Debe pasar a la ofensiva.»

Jef Last, el joven poeta holandés que acompañó a Gide en su viaje a la Unión Soviética y que como capitán lucha hace nueve meses al frente de una compañía del ejército del pueblo español, pronuncia quizá la más conmovedora alocución del congreso. En un estilo de proclama revolucionaria, Jef Last se dirige a los escritores en los siguientes términos:

«Basta de proceder mecánicos y róticos demasiado cómodos. Nuestro deber no puede ser nunca seguir el surco de los periodistas y de los oradores; tenemos nuestro quehacer claramente definidos: el de ahondar en el sentido de esta lucha homérica a que tenemos el honor y la suerte de asistir. ¡Que no se diga de nosotros que el valor moral es cosa mucho más difícil de lograr que el valor físico de los soldados que están en la trinchera! No olvidemos nunca que en la base de toda cultura está la crítica, la autocrítica que tanto nos ha recomendado Lenin. Allí donde falta la crítica, las injusticias y las inmundicias se enganchan como heridas que han cerrado en falso. Hay que sacarlas a luz para poder curarlas. Quien se calla por temor a que nuestros enemigos puedan servirse de su crítica, se dará cuenta, amargamente, algún día, de que los mismos males que dejó de señalar, creciendo incesantemente y con toda tranquilidad, hablan y acusan con más fuerza que cuanto hubiera podido hacer su crítica. Lo que amenaza la vida del paciente es su enfermedad y no el diagnóstico del médico.»

El manifiesto de Jef Last recuerda finalmente la lucha de su propio pueblo con el monarca otrora más poderoso del mundo, aliado con la Iglesia omnipotente.

«Me he acordado del año 1572, cuando tan sólo dos de las siete provincias hacían resistencia al enemigo: el ejército estaba derrotado, y solamente el pueblo en armas defendía encarnizadamente las pocas ciudades que todavía eran libres. Todos sabéis cómo vino a terminar aquella lucha en la

liberación de los Países Bajos, y como años después, las artes y la cultura en un régimen bastante democrático para su tiempo, cobraban en Holanda un impulso no igualado en ninguna otra parte, bajo los regímenes autoritarios.»

Y Jef Last termina su alocución con este grito de pasión:

«Gloria y victoria a mis camaradas de las trincheras que escriben con su sangre páginas más hermosas que las que jamás sabrá escribir ninguno de nosotros.»

En la imposibilidad de glosar todos los discursos del Congreso ofrecemos la «Apelación desde Madrid» que en nombre de los escritores hispanoamericanos fué leída en el pleno del Congreso por Pablo Neruda y aprobada por unanimidad.

APELACION DESDE MADRID

A LOS ESCRITORES HISPANOAMERICANOS

Compañeros:

Nos dirigimos a ustedes desde Madrid y desde el seno del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Quisiéramos que nuestra voz tuviera la fuerza de la coyuntura histórica que la anima, que esta cordial apelación fuese oída con atención y entusiasmo por todos los que en nuestra América cumplen el oficio de escritor.

Hemos recorrido buena parte de España, hemos atravesado Cataluña, visitado Valencia y vivido en Madrid; hemos tocado en su más válida entraña el caso español. En todas partes hemos advertido la monstruosidad del crimen fascista y la heroicidad insuperada de los que lo combaten. Desde la frontera francesa hasta el corazón de la península hemos comprobado los estragos de la barbarie facciosa y admirado el coraje y la firmeza del Ejército del Pueblo. En Valencia fuimos sorprendidos por un criminal bombardeo aéreo realizado en horas de la madrugada sobre la población no combatiente; en Madrid hemos presenciado durante varios días el ataque combinado de la artillería y la aviación de los sitiadores cebándose, como siempre, sobre carne inocente.

Nuestra condición de escritores nos fuerza a denunciar los continuados y sistemáticos ataques del fascismo a la cultura: obras arquitectónicas, pictóricas y escultóricas de mérito impar, bibliotecas valiosísimas, ciudades de insuperable significación histórica, han sido destruidas por la metralla fascista. El fascismo ha probado definitivamente en España su condición de fuerza regresiva y antihumana. Nuestra conciencia de hombres nos obliga a decir a Hispanoamérica que la agresión cometida contra España por el fascismo internacional es el hecho más abusivo, cruel y alevoso de los tiempos actuales.

Estamos en días en que el escritor no puede rehuir su deber de hombre.

Su decisión en la pugna española no puede producirse sino a favor de un pueblo noble y entero y contra el ataque de la barbarie mundial. Sabemos que, como en España, los intelectuales más valiosos de nuestras patrias están junto al pueblo español. Importa ahora el cumplimiento activo y eficaz de la adhesión. Exaltar los aspectos de la lucha, definir su naturaleza y significado, ofrecer la más fiel y actual información sobre los sucesos militares y políticos, deben ser labores diarias de nuestro escritor; propagar los valores magníficos del pueblo español, divulgar las deprecaciones del fascismo, mostrar la trascendencia universal de la tragedia, deben ser preocupaciones centrales de nuestro hombre de letras y de pensamiento.

Hispanoamérica posee una hermosa tradición que no puede traicionar: nuestros mejores escritores del pasado vivieron apasionadamente lo político; ello marca su grandeza espiritual. Los días que corren obligan a pareja actitud ennoblecida y enriquecida de sentido universal. España es el futuro de todos los pueblos, pero, más enérgica y concretamente, el futuro de Hispanoamérica. Trabajando por el triunfo de España trabaja el escritor nuestro por el triunfo de Hispanoamérica al mismo tiempo que realiza una obra de la más amplia y noble superación humana. Que la realice cada día con más entusiasmo y conciencia. Le pedimos desde Madrid la heroica, asombro de la tierra y honor del linaje humano.—Juan Marinello.—Pablo Neruda.—Nicolás Guillén.—Vicente Huidobro.—César Vallejo.—Carlos Pellicer.—Raúl González Tuñón.—Alberto Romero.—Alejo Carpentier.—José Mancisidor.—Vicente Sáenz.—Félix Pita Rodríguez.—Pablo Rojas Paz.—Cayetano Córdoba Iturburu.—Octavio Paz.—Leonardo Fernández Sánchez.

SESION DEL DIRECTORIO DE LA SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE (EN 29 DE SEPTIEMBRE DE 1937)

Presidió Manuel Rojas, y asistieron los siguientes directores: Juan Espinosa, Alberto Romero, Ernesto Montenegro, Jerónimo Lagos Lisboa, Enrique Espinoza, Luis Enrique Déllano y Armando Arriaza, secretario.

CONCURSO DE NOVELAS.—El Presidente da lectura a una carta de la Empresa Zig-Zag, en la cual se le comunica que esa Empresa ha acordado instituir un premio literario de seis mil pesos para un Concurso de novelas.

Se pide la cooperación de la Sociedad a fin de que organice el concurso, tomando en consideración las siguientes bases:

1. El concurso se cerrará a fines de Abril de 1938, otorgándose el premio a mediados de Junio del mismo año.
2. Las novelas tendrán una extensión no mayor de 500 carillas a máquina con doble espacio.
3. El tema será libre.
4. Podrán participar todos los escritores chilenos y residentes en Chile.
5. El jurado estará compuesto por tres miembros, dos designados por la Sociedad de Escritores de Chile y uno por la Empresa Editora Zig-Zag.
6. La novela premiada deberá contar con la unanimidad de los votos.
7. El concurso podrá declararse desierto.
8. El autor premiado recibirá, como único derecho, la suma de seis mil pesos, cediendo por cinco años sus derechos a la Empresa Editora Zig-Zag.

9. El jurado podrá recomendar dos novelas más, las que siguen en calidad a la premiada, para que sean publicadas, abonándose a sus autores el 10% sobre el precio de venta.

Estas bases fueron aceptadas por el Directorio, y se nombró a los señores Alberto Romero y Juan Espinosa para integrar el jurado, en representación de la Sociedad de Escritores. Al mismo tiempo se acordó agradecer a la Empresa Zig-Zag y manifestarle la complacencia con que el Directorio ha acogido la creación de este premio.

CONCURSO DE ENSAYOS.—Se dió cuenta, además, de que la Radio Sociedad Nacional de Agricultura ha puesto a disposición de la Sociedad de Escritores la suma de dos mil pesos a fin de destinarlos a un premio literario.

El Directorio acordó otorgarlos como premio a una colección de ensayos, para cuyo objeto abrirá un concurso. Las bases serán dadas a conocer en fecha próxima.

HABLA ALBERTO ROMERO.—El Vice-presidente, don Alberto Romero, que asistió como delegado de Chile al Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura, celebrado hace poco en Valencia, dió a conocer el resultado de su misión, y algunas impresiones recogidas en los países que alcanzó a visitar.

Antes de pasar a España, tuvo oportunidad de asistir a la primera sesión del Congreso de P.E.N. Clubs que se celebró en París.

Desde el primer momento pudo notar que, salvo algunas incidencias promovidas alrededor de Marinetti, el espíritu de los congresales era de excluir todo lo que pudiera tener un interés humano o político. El delegado chino había llevado el clamor angustioso de su patria, pero se le concedieron sólo cinco minutos para hablar. En vista de ésto el escritor entregó su discurso a la Comisión, que fué como arrojarlo al silencio.

Corpus Barga, a nombre de la Delegación Española presentó una moción en la cual daba cuenta de la situación de su país y rendía un homenaje a García Lorca, sin encontrar ambiente. Juan Ribas complementó la moción, que pasó a la comisión ejecutiva, donde sufrió múltiples enmiendas, sin que al final fuera conocida por la asamblea.

Agrega Romero que logró darse cuenta de la indiferencia con que se trató al escritor de América, situación que produjo la protesta del P. E. N. Club de la Argentina y la renuncia de su presidente.

A continuación da a conocer Romero su participación en el Congreso de Escritores celebrado en Valencia, primero, y luego en París. Este Congreso se distinguió por las múltiples manifestaciones de simpatía hacia España. Se hizo una análisis acucioso del fascismo y sus consecuencias.

En la primera sesión celebrada en París, Alberto Romero ocupó la vice-presidencia. Allí planteó la situación de abandono de la América y el profundo desconocimiento de su cultura y su literatura. «Hay una gran indiferencia por nosotros»—dijo—. Es necesario unificar a los escritores americanos para penetrar en la cultura europea, a nuestro turno, como ellos han penetrado en nosotros.»

A su paso por Buenos Aires, Romero concurrió a la Sociedad de Escritores Argentinos, en donde dió a conocer los acuerdos del Congreso de Escritores de Chile celebrado en Abril, para formar un Sindicato, por el cual demostraron gran interés. En sus conversaciones se llegó, además, a la idea de hacer un movimiento de acercamiento, semi-comercial, primero, enviando libros, sin afán de lucro, sino como un intercambio intelectual. Esta labor podría extenderse más tarde hacia los países en donde exis-

tierra una Sociedad de Escritores, a fin de que ésta fuera una garantía de seriedad y pudiera recomendar las obras más sobresalientes.

Alberto Romero agregó que la idea de auspiciar ambos países un Congreso de Escritores Hispano-Americanos encontró amplia acogida en los argentinos.

Terminó dando a conocer que él y Pablo Neruda quedaron incorporados al Bureau Internacional de París, lo cual, cree, permitirá una vinculación más extensa al escritor chileno.

UN CONCURSO DE CUENTOS DE LA SOCIEDAD DE ESCRITORES

“EL MERCURIO”, HA DONADO \$ 2.000 PARA PREMIOS DE ESTE CERTAMEN

A solicitud del Directorio de la Sociedad de Escritores, la Empresa de «El Mercurio» ha puesto a su disposición la suma de dos mil pesos para premios en un concurso de cuentos.

Las bases para este concurso son las siguientes:

1.º La extensión de cada cuento no deberá ser superior a 20 carillas tamaño carta y espacio dos ni inferior a diez carillas.

2.º El tema será libre y sólo podrán concurrir los escritores chilenos.

3.º Los originales escritos en tres copias a máquina deberán remitirse a la Sociedad de Escritores, Clasificador E/ 370.

4.º El plazo para la recepción de originales vence el 15 de Noviembre próximo a las doce de la noche.

5.º Los trabajos deberán venir firmados por seudónimos y en sobre aparte el nombre del autor.

6.º Se otorgará un primer premio de mil quinientos pesos (\$ 1,500) y un segundo de quinientos pesos (\$ 500). Además, aquellos cuentos recomendados por el jurado serán adquiridos por «El Mercurio» para publicarlos en su anexo literario dominical, con ilustraciones a cuatro colores, en igual forma que los premiados.

El jurado se reserva el derecho de hacer otra distribución de los premios si así lo exigiere la calidad de los trabajos presentados.

El jurado estará formado por el presidente de la Sociedad de Escritores, señor Manuel Rojas y por el redactor de «El Mercurio», señor Raúl Silva Castro, y Guillermo Labarca II.

El fallo se otorgará a más tardar el 15 de Diciembre y los premios se entregarán en un acto público, como número de la Feria del Libro, que se celebrará, organizada por la Sociedad de Escritores, en ese mes.

OTROS CONCURSOS

En el extracto de la sesión del 29 de Septiembre próximo pasado, encontrarán los lectores noticias sobre otros dos concursos.

DE AUTORES

- Brion, Marcel: *Pablo Neruda. Residencia en la tierra*, I, 33.
- Chambrillac, René: *Mark Twain y su mujer*, II, 31.
- Délano, Luis Enrique: *Juventud asombrosa y juventud herida. En torno de la poesía de Miguel Hernández*, V, 3.
- Espinoza, Antonio: *El acorde «Figaro»*, IV, 39.
- Espinoza, Enrique: *Actualidad de Heine*, I, 10.
- Espinoza, Enrique: *Notas para un ensayo sobre don Roberto Cunninghame Graham*, III, 29.
- Espinoza, Enrique: *Algunos recuerdos personales sobre Horacio Quiroga*, IV, 2.
- Espinoza, Enrique: *Verdad y conciencia de André Gide*, V, 22.
- Espinoza, Enrique: *Actitud ejemplar de Waldo Frank*, VI, 18.
- Espinosa, Juanario: *Informe sobre el Premio Literario de la Municipalidad, 1935*, I, 29.
- Espinosa, Juanario: *Para qué sirve una Sociedad de Escritores*, II, 14.
- Espinosa, Juanario: *Germán Luco, el hombre*, III, 47.
- Espinosa, Juanario: *Un gran escritor venezolano: Arturo Usler Pietri*, V, 43.
- Espinosa, Juanario: *Portales a los cien años de su muerte*, VI, 41.
- Franco, Luis: *El escritor y el cuadrante*, VI, 16.
- Franco, Luis: *Presencia de Hudson*, VI, 39.
- García Lorca, Federico: *Nocturno del Huevo*, III, 3.
- García Lorca, Federico: *Romance de la luna, luna*, III, 5.
- García Lorca, Federico: *Muerte de Antonio el Cambario*, III, 5.
- Garnett, Edward: *Una nota sobre el genio de Hudson*, VI, 28.
- Guehenno, Jean: *La muerte inútil*, VI, 22.
- Gerchunoff, Alberto: *Discurso en nombre de la SADE (sobre Horacio Quiroga)*, IV, 37.
- Goriely, Benjamin: *Lénin et Gorki*, II, 26.
- Gorki, Máximo: *Autocrítica*, II, 21.
- Heine, Enrique: *Lo que pasa en Francia*, I, 13.
- Hernández Catá, Alfonso: *La palabra muerta*, II, 9.
- Hernández Catá, Alfonso: *En la muerte de Horacio Quiroga*, IV, 35.
- Hudson, Guillermo Enrique: *La caja de lata*, VI, 32.
- Hudson, Guillermo Enrique: *La invasión inglesa y el juego del pato*, VI, 34.
- Hudson, Guillermo Enrique: *Un viejo recuerdo*, VI, 38.
- Huxley, Aldous: *Los límites de la poesía*, II, 17.
- Ichaso, Francisco: *Meditación del impedido*, V, 17.
- Kaun, Alejandro: *Máximo Gorki, el Redactor*, II, 28.
- Lastarria, J. V.: *Dos cartas inéditas a don Ambrosio Monti*, I, 2.
- Lawrence, D. H.: *El estado de temor*, V, 11.
- Lecomte, Jorge: *La Sociedad de Gente de Letras*, III, 60.
- León, María Teresa: *Pushkin, el enemigo de la tiranía*, IV, 41.
- Lipschütz, Alejandro: *Individuo y Naturaleza*, III, 19.
- Mann, Thomas: *Carta al Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bonn*, V, 37.
- Mardrus, J. C.: *La misión del escritor*, V, 30.
- Martínez Estrada, Ezequiel: *Mascarilla espiritual de Horacio Quiroga*, V, 19.
- Montaigne: *Prefacio de los Ensayos. Del arte de conversar*, I, 18.
- Montenegro, Ernesto: *Ensayo sobre el Ensayo*, I, 15.
- Montenegro, Ernesto: *El escritor y el pueblo*, II, 6.
- Montenegro, Ernesto: *Horacio Quiroga visto del extranjero*, IV, 32.
- Montenegro, Ernesto: *Bolívar vive en México*, V, 8.
- Muñoz, Diego: *La defensa de los derechos*

literarios y la Sociedad de Escritores de Chile, III, 11.
 Neruda, Pablo: *Oda a Federico García Lorca*, III, 6.
 Picón Salas, Mariano: *España desde lejos*, VI, 3.
 Pinilla, Norberto: *Apuntes sobre Pablo Neruda*, III, 50.
 Pinilla, Norberto: *Iconografía literaria chilena*, VI, 43.
 Quiroga, Horacio: *El potro salvaje*, IV, 22.
 > > *Los precursores*, IV, 25.
 > > *El hombre muerto*, IV, 29.
 Rojas, Manuel: *José Martí y el espíritu revolucionario en los pueblos*, I, 4.
 Rojas, Manuel: *La literatura y el hombre* (sobre Horacio Quiroga), IV, 12.
 Rojas, Manuel: *Lance sobre el escritor y la política*, V, 19.
 Romero, Alberto: *Un alcance a la posición del escritor*, II, 3.
 Sáenz, Carlos Luis: *Federico García Lorca*, III, 9.
 Sanfín Cano, Baldomero: *Las razones del fascismo*, VI, 25.
 Serrano Plaja, Arturo: *El genio de España*, V, 35.
 Silone, Ignacio: *Carta a Moscú*, V, 32.
 Strachey, John: *Literatura y Capitalismo*, I, 21.
 Subercaseaux, Benjamín: *¿El autor o la obra?*, III, 43.
 Subercaseaux, Benjamín: *El Pablo Neruda de Arturo Aldunate*, III, 56.
 Subercaseaux, Benjamín: *El escritor como profeta*, VI, 44.
 Valle, Juvencio: *Federico García Lorca*, III, 10.
 Vattier, Carlos: *Arte Poético*, IV, 45.
 Zañartu, Sady: *Las primeras rebeliones*, VI, 11.

DE NOTAS

Concursos, II - 37, V - 43 y VI, 56.
Editorial, I - 1 y VI, 2.
Extracto de sesiones, I - 35, II - 34 y VI, 54.
Federico García Lorca, III, 2.

Homenaje a Guillermo Enrique Hudson, VI, 27.
Viva de España, VI, 51.
Los escritores y la Prensa, I, 32.
Noticias, III - 63 y V, 43.
Primer Congreso de Escritores de Chile, V, 44.
Rosny, el creador y el trabajador octogenario, I, 32.
Una conversación con Luis Franco, I, 30.
Yolando Pino S. La poesía de Julio Herrera Reissig, I, 35.

DE ILUSTRACIONES

Máximo Gorki, II, 30.
 Federico García Lorca, III, 1.
 Horacio Quiroga, IV, 1.
 José Carlos Mariátegui, V, 1.
 Guillermo Enrique Hudson, VI, 1.

DE ESCRITORES TRATADOS

Cunninghame Graham, Roberto, III, 29.
 Franco, Luis, I, 30.
 Frank, Waldo, VI, 18.
 García Lorca, Federico, III, 2, 10.
 Gide, André, V, 22.
 Gorki, Máximo, II, 26, 28.
 Heine, Enrique, I, 10.
 Hernández, Miguel, V, 3.
 Hudson, Guillermo Enrique, VI, 27, 28, 39.
 Huxley, Aldous, I, 21.
 Joyce, James, I, 21.
 Larra, Mariano J. de, IV, 39.
 Lawrence, D. H., I, 21.
 Lenin, II, 26.
 Luco, Germán, III, 47.
 Mariátegui, José Carlos, V, 17.
 Mark, Twain, II, 31.
 Martí, José, I, 4.
 Neruda, Pablo, I - 33, III, 50, 56.
 Pino S., Yolando, I, 35.
 Proust, Marcel, I, 21.
 Pushkin, IV, 41.
 Quiroga, Horacio, IV, 2, 12, 19, 32, 35, 37.
 Rosny, J. H., I, 32.
 Uslar Pietri, Arturo, IV, 43.

Tres timbres de orgullo de la Editorial Ercilla:

Ninguna otra editorial ha hecho más que ella por la difusión de la cultura.—Sin descuidar las ediciones elegantes y de lujo, Ercilla ha dado preferencia a los libros baratos, convencida de que la editorial moderna debe llevar la cultura a todas las capas sociales. Algunas de sus ediciones populares son las más económicas que se han hecho jamás en castellano. Ejemplos: *María Antonieta*, de Zweig, \$ 2.00; *El Libro de San Michele*, de Munthe, \$ 2.00; *Diccionario castellano*, \$ 4.00; *Psicopatología de la vida cotidiana*, de Freud, \$ 3.00, etc., etc.

1

Es la verdadera creadora de la literatura sudamericana.—Antes de fundarse Ercilla, la producción americana crecía dispersa y desordenada, y salvo en contadísimas excepciones rebalsaba las fronteras de su país de origen. Ahora Ercilla la ha unificado, la divulga por todo el continente y la presenta ante el mundo como un cuerpo orgánico. Ha editado ya libros de cerca de 100 autores sudamericanos, según puede Ud. comprobarlo consultando el catálogo.

2

Los mejores libros chilenos de los últimos años llevan su sello.—Los principales premios literarios han correspondido a libros de Ercilla: Premio Roma, para *Imaginero de la Infancia*, de Lautaro García; Premio Municipal, para *On Panla*, de Mariano Latorre, y *Espejo de Ensueño*, de Julio Barrenechea; Premio Atenea, para *La viuda del conventillo*, de Alberto Romero; Premio Club Hípico, para *Soy Colorina*, de Marcela Paz, y *Amor, Cara y Cruz*, de Augusto D'Halmar.

3

EDITORIAL ERCILLA

AGUSTINAS 163 - CASILLA 8 - TELEFONO 62288

SANTIAGO DE CHILE



cedInCI

Prisionero de Guerra

Por AUGUSTO GUZMAN

- La obra de un escritor, soldado y prisionero en la Guerra del Chaco. Es el SIN NOVEDADES EN EL FRENTE de la Guerra del Chaco. La emoción que siente el lector es indescriptible. Es un libro que tiene tanto de novelesco como de histórico. \$ 12.—
- LEYENDAS Y EPISODIOS CHILENOS, por Aurelio Díaz Meza.—Acaba de aparecer el tomo V. Están publicados los once primeros volúmenes de esta obra de 15 tomos y que no puede dejar de leer toda persona que se interesa por Chile y su Historia. En la lectura de esta obra se obtienen dos objetivos a la vez: el entretenimiento por lo novelesco y la ilustración por lo histórico. Los tomos pueden venderse y leerse por separado, pues son independientes. Precio de cada tomo. 12.—
- EL HERMANO ASNO, novela de Eduardo Barrios.—Quinta edición de una de las mejores obras de América en habla castellana. Precio. 12.—
- DOS HOMBRES: Portales y Lastarria, por Domingo Melfi.—Obra que está obteniendo la más amplia aceptación de la crítica nacional y extranjera, especialmente esta última ha admirado y encomiado la obra de Melfi. Precio. 10.—
- EL RITMO DE LOS NEGOCIOS, por el Dr. Gustavo Cassel, profesor de la Universidad de Estocolmo. Traducción de Daniel Armanet. Con gráficos, cuadros y lectura clara y precisa este libro expone la teoría y la realidad económica moderna. Precio. 10.—
- LA CIENCIA DE LA ECONOMIA, por Enrique Marshall. Curso profesado por el autor en la Universidad de Chile. La obra más moderna, clara y precisa sobre economía política. Dos tomos. 50.—
- INDOAMERICANISMO Y RAZA INDIA, por el Dr. Alejandro Lipschütz. Seguramente estamos en presencia de uno de los trabajos más serios como investigación científica sobre el indio americano. 5.—
- MEDICINA TERMICA. UN NUEVO CONCEPTO DE LA SALUD, por M. Lezaeta Acharán. Esta nueva obra, que sintetiza toda la teoría del señor Lezaeta sobre el arte de curar, revolucionará todas las teorías y prácticas de la medicina usual. 10.—
- CREPUSCULARIO, por Pablo Neruda.—Tercera Edición. 10.—
- POESIAS, MADRIGALES Y CANTARES, por M. Rivano F.—Un manojo de cantos de sabor andaluz compuesto por un poeta chileno. 5.—
- POEMAS HUMANOS, por Juan B. Domenech.—Buenos poemas en lujosa edición. 15.—
- NICARAGUA LIRICA, Antología de poetas nicaragüenses, por el Dr. I. Augusto Oviedo Reyes. Como antología de la tierra de Rubén Darío. 15.—

Todas las obras que anteceden, son novedades de reciente publicación de la

Librería y Editorial Nascimento

AHUMADA 125 — CASILLA 2298 — TELEFONO 83759

Próximo a aparecer: LA CONJUGAISON FRANCAISE.
LOS VERSOS FRANCESES, por Luis Droguet.

EN PRENSA: Du Syndrome du Nerf Nasal a la Neuralgie Essentielle du Trijumeau, por el Dr. Carlos Charlín C. Esta obra será publicada en francés para facilitar su divulgación internacional.